

Patrocinan/Babesleak:



II concurso literario de relatos recuperados de la tradición oral



Calle Príncipe, 5 - planta 1ª, Dpto. 101
Tel.: 94 415 51 14 - 48001 BILBAO

© Los autores
© De esta edición: Hartuemanak/ Elea Editorial
Calle Príncipe, 5 - planta 1ª, Dpto. 101
48001 BILBAO - Tel.: 94 415 51 14
E-mail: hartuemanak@euskalnet.net

Primera edición: Junio 2006

Diseño y maquetación: A. J. Oviedo

Impresión: Gestingraf

Depósito Legal: BI-1449-06

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, tanto si es eléctrico como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien fotocopia, sin la previa autorización de la editorial.

PRÓLOGO / HITZAURREA

Por segundo año me complace prologar este libro con unas líneas que reflejen el interés que desde el Área de Cultura y Euskera del Ayuntamiento de Bilbao hemos puesto en el proyecto organizado por la Asociación Hartuemanak.

Dos años en los que a través del Concurso de Relatos Recuperados de la Tradición Oral hemos pretendido servir de enlace entre los mayores (grandes contadores de historias y recuerdo de todo aquello que no debemos olvidar) y los/las niños/as, base fundamental de nuestro futuro.

Tras un primer año de puesta en marcha, esta segunda edición ha demostrado el interés por compartir historias. Se han presentado casi un centenar de relatos de la más variada índole. No todos han podido ganar, pero sí todos nos han dado una visión particular de la tradición. Los mayores como recuperadores de la historia, en especial aquellos aspectos de nuestra Guerra Civil. Los jóvenes como transmisores de las vivencias contadas por sus familiares más allegados, sobre todo los abuelos, convertidos en auténticos protagonistas de esta edición.

Bigarren urtez, Bilboko Udaleko Kultura eta Euskara Saitetik Hartuemanak Elkarteak bultzatzen duen proiektuari atxikimendu osoa adierazteko idazten ditut lerro hauek, atsegin handiz idatzi ere.

Urte bi izan dira, bai, eta oso aberatsak, Ahozko Tradiziotik Berreskuratutako Kontakizun hauek gure nagusien (kontulari apartak eta gure ekan-duen zaindariarik preziatuenak) eta gazteen arteko lokarri zuzena baitira (azken hauek gure etorkizunaren oinarri dira).

Lehenengoko urtean asmoak bete eta bigarren edizio honetan argi eta garbi ikusi da jendeak baduela istorioak konpartitzeko gogoia. Era askotako kontakizunak aurkeztu dira, ia ehun lan. Denek ezin izan dute irabazi, jakina, baina tradizioaren ikuspegi bana eman digute, bakoitzak berea. Nagusiek historia berreskuratzeke ahalmena dutelako, batez ere Gerra Zibileko pasadizoak; gazteak, ordea, inguruko senideei entzundako istorioen hartzaile eta biltzaile direlako, batez ere aitona-amonen ahotik entzundakoak jaso baitituzte (zaharrenak izan dira protagonista nagusi hemen ere).

Falta quizás una mayor implicación de los centros educativos, de instituciones que aporten su granito de arena a la difusión del concurso. Nosotros, desde nuestra Área de Cultura y Euskera del Ayuntamiento de Bilbao estamos haciendo todos los esfuerzos para que así sea y que el próximo año no sean cien sino doscientos.

A los que han participado, nuestro agradecimiento. A quienes no lo han hecho, unas palabras de ánimo para que se lancen también ellos a contar su historia. Su pasado. El nuestro.

Jon Sánchez Ibarluzea
Concejal de Cultura y Euskera

Agian ikastetxe gehiagoren inplikazioa eta bestelako erakundeen laguntza beharko luke lehiaketak. Guk, Bilboko Udaleko Kultura eta Euskara Sailetik, proiektu honi hauspoa emateko ahalegin bereziak egiten ditugu, hau da, datorren urtean ehun orde berrehun izan daitezen parte-hartzaileak.

Honela, parte hartu duten guztiegi gure esker ona adierazi nahi diegu. Eta parte hartu ez dutenentzat dei zuzen bat: aurrera, arakatu zeuon iragana eta konta ezazue aspaldiko istorio harrigarri horiek!

Beraien iragana da, bai, baina gurea ere bai.

Jon Sánchez Ibarluzea
Kultura eta Euskara Saileko Zinegotzia

PREMIOS

Reunido el jurado del Segundo Concurso de Relatos recuperados de la tradición oral, formado por los escritores Seve Calleja y Alejandro J. Oviedo, y actuando como secretario Félix Hernando, perteneciente a la Junta Directiva de Hartu-emanak, se decide otorgar...

En la categoría de *adultos en castellano*:

-Primer Premio al relato ESPACIO PARA SUEÑOS, cuya autora resulta ser María Teresa Osés, de Lekeitio, quien ha sabido mostrar con sentido del humor y una prosa cuidada una anécdota familiar.

- Segundo Premio al relato LA GUERRA QUE NO CONOCÍ, de Itziar Laborda Otaduy, de Armintza-Lemoiz, por reflejar con otros ojos una historia de nuestro pasado.

Se hace constar que el relato LA LEYENDA DEL MAR CELOSO, había resultado premiado por unanimidad, pero una vez abierta la plica, se descubre que el autor es Jaume Calatayud Ventura, de Tarragona, por lo que al no entrar dentro de las bases se opta por seleccionarlo únicamente para su publicación con el permiso de su autor.

Se decide de igual modo, seleccionar para su publicación los cuentos:

- EL HIJO DE JERÓNIMO, de Gregorio Rubio Vigara, de Getxo.
- EL INVIERNO, de Antonio Longo Saez, de Mungia, y
- LOS HUEVOS DE PEPE, de Tomás Izquierdo Mínguez, de Barakaldo.

En la categoría de *adultos en euskera* se decide entregar el Primer Premio al relato ARATXEDERRENEA, de Alberto Narbaiza Echeandia, de Gernika, un cuento costumbrista en torno a la vida en el *baserri* contado en vizcaíno y con un lenguaje muy rico.

Y entregar una Mención Especial al relato TXARRIA, ASTOA ETA TXARRIBODA, de Martin Goitia Uriarte, de Bilbao, que aunque se aparta

un poco de las bases, sabe recrear un cuento de *Las mil y una noches*, adaptado a la realidad vasca y en *bertso*.

En la categoría de *niños en castellano*:

-Primer Premio al relato LA LEYENDA DE RIAÑO, de Patricia Bermejo Franco, del Instituto Migel de Unamuno de Bilbao, donde el pantano cobra protagonismo en una leyenda de tradición oral moderna.

- Segundo Premio al relato EL FANTASMA DE SOMORROSTRO, de Andoni Pérez Frías, del Colegio Gaztelueta de Leioa, por el sentido del humor que muestra de un pequeño suceso rural.

Se seleccionan para su publicación los siguientes relatos:

- SIN MIEDO A LOS HELICÓPTEROS, de Eurne Solaguren,
- LEYENDA DEL CUÉLEBRE DE LA TERCIA, de Mikel Pérez Cerrato,
- LOS MUERTOS HABLANDO, de Iñigo Colina Astigarraga, y
- EL LORO RAVACHOL, de Roberto Fernández Dios

En la categoría de *niños en euskera* se otorga un Primer Premio al relato CASTRONOVOKO AZTIA, un texto escrito a cuatro manos por los hermanos Nerea y Jon Gómez Lauzirika, del centro Azkartza-Klaret, de Leioa.

Asimismo se decide entregar una Mención Especial al Colegio Gaztelueta y a la Ikastola Lauro por su grado de implicación en el concurso.

Se han recibido un total de noventa y seis relatos, con un predominio de la figura del abuelo como protagonista de las historias, y la presencia de la Guerra Civil como elemento argumental visto desde ambos bandos.

En Bilbao a 17 de mayo de 2006

Adultos Nagusiak

ESPACIO PARA SUEÑOS

María Teresa Osés

Primer Premio

*En memoria de mi amigo Román,
que me contó esta historia*

—Lo trajo mi abuela desde Durango hace muchísimos años —me informó mi amigo, mientras llenaba mi vaso de vino. Había venido hasta su caserío ese domingo de otoño, con ansias de charla y reposo después de una larga caminata por el monte en busca de unos hongos que me habían sido esquivos. El suelo, cubierto de helechos secos y agujas de pino, se empeñaba en guardar cautivas las esporas, que en esa estación del año deberían haber madurado ya en los ansiados boletus.

Me había levantado al alba, con la esperanza de llegar a destino antes que mis competidores, pero luego de horas de inútil rastreo por nidales conocidos, hube de convencerme de que no mis rivales, sino la madre naturaleza me obligaba a volverme con la cesta vacía y el sabor del fracaso.

Decidí entonces acercarme a visitar a mi amigo y resarcirme con su hospitalidad de la frustración de una jornada estéril. Su cariñosa acogida, el vino reparador y el calor reconfortante de los leños que ardían en el fuego, mudaron mi ánimo en pocos instantes y pude pasar del desencanto y malhumor a la disposición al coloquio.

Como en ocasiones anteriores, dirigí la mirada hacia ese reloj que siempre me había llamado la atención por su curioso diseño y su insólita presencia en la cocina de un caserío. Es del tipo que los entendidos denominan “de antesala”, lo envuelve una caparazón de

madera de castaño, y su considerable altura lo lleva casi hasta rozar el techo. Descansa en el suelo sobre cuatro patas un tanto carcomidas, única zona del mueble afectada por la edad, como esos dignos ancianos de mente lúcida, pero de pies inseguros y andares arrastrados. Los colores vivos de un manojo de flores pintadas en la parte inferior, iluminan el tono oscuro de la madera y ponen una nota de cierta frivolidad en un conjunto más bien sobrio. Hay dos aberturas en el mueble: una, redonda, muestra la esfera; la otra, alargada, deja ver la péndola y las pesas. La esfera, apoyada sobre un soporte de bronce repujado, es de cerámica blanca bordeada de una fina viñeta azul y en su superficie destacan los números romanos y la delicada filigrana de las manecillas. La péndola, un bruñido círculo metálico, oscila al paso de los segundos y anima a las pesas en su metódico descenso semanal. Como toda obra de arte, muestra el nombre de su autor, "Martínez-Durango", grabado en el centro de la esfera.

Pregunté por el origen de tan singular reloj, y así me enteré de la existencia de una abuela que lo había traído desde el taller del relojero hasta este caserío, en los montes del Goiherri aulestiarra. Intuí que esta máquina de medir el tiempo encerraba alguna historia sabrosa, por lo que pedí detalles de su adquisición.

Mi amigo buscó un paquete de cigarrillos, encendió uno y dejó el resto a mano, como quien necesita de notas para pronunciar un discurso. Aspiró el humo, entrecerró los ojos y comenzó a hilvanar recuerdos.

—Mi abuela era pequeña y menuda, pero su aspecto no guardaba relación con la fortaleza de su temple. Nada había que ella no pudiera hacer: cuidar del ganado, cortar la hierba, cultivar la huerta, amén de todas las labores domésticas como guisar, lavar la ropa en el río, amasar el pan, hilar y tejer, al tiempo que paría y criaba numerosos hijos. Cuando el bienestar de su familia estaba en juego, nada la arredraba ni a nadie temía, ningún camino era demasiado largo, ningún invierno demasiado crudo, ningún monte demasiado alto para llegar hasta el pueblo a vender un cordero o legumbres y verduras de la huerta. El producto de ese comercio pasaba a engrosar su misteriosa bolsa de ahorros, escondida bajo el colchón, que constituía su patrimonio y su orgullo y nadie sabía a cuánto ascendía el dinero guardado céntimo a céntimo durante años. De vez en cuando

se encerraba en su habitación y quien pegara el oído a la puerta podría sentir el tintinear de las monedas y la voz que con tanta complacencia las contaba. Había sido educada en la disciplina del trabajo, del ahorro y de la obligación de anteponer las necesidades de la familia a las suyas, y jamás se había permitido ni un descanso ni un capricho.

»Los años pasaban y los hijos la habían convertido en abuela, pero conservaba los bríos de sus tiempos mozos, y no vacilaba en desplazarse hasta el mercado de Markina o de Durango.

»Hubo por aquel entonces un invierno muy riguroso, de grandes nevadas y fuertes vientos, que causaron serios daños al tejado del caserío. La familia lo arregló como pudo, conscientes de que pronto necesitarían un tejado nuevo, lo que significaría incurrir en un gasto que menguaría aun más su ya escasa hacienda, por lo que la abuela multiplicó sus esfuerzos. Sus idas al pueblo, con la cesta en la cabeza cargada de cuanto producía la huerta, se hicieron más frecuentes, como también el tintinear de monedas en la penumbra de su habitación.

»Ese mismo invierno cuidaba con esmero a tres pequeños corderos que la seguían por todas partes y recibían de la abuela mimos poco frecuentes en una mujer parca en dispensar ternura. Sabía que al acercarse el día de San José sería preciso sacrificarlos, pero prefería pensar que tal vez podría conservar por lo menos a uno de ellos. Por el momento, había que llevar a Durango otros corderos que habían alcanzado el tamaño y el peso adecuados.

»El día de mercado la abuela se levantó cuando aún era de noche porque era necesario partir muy temprano, ya que se requerían varias horas para cubrir la distancia. Las estrellas brillaban en un cielo limpio de toda nube, hacía mucho frío y habría escarcha en el camino. Antes de su partida, el abuelo le recordó que debía comprar un reloj. Nunca habían tenido uno en el caserío y no les había hecho falta para su vida cotidiana, pues el canto del gallo hacía las veces de despertador y sus faenas se regían por las horas de luz: se levantaban al amanecer y se acostaban cuando oscurecía. La asistencia a la Misa dominical, en Aulesti, constituía una dificultad pues había que llegar puntual para no provocar el enfado del párroco. La sombra de un castaño que alzaba sus ramas junto a la casa les había enseñado a

calcular las horas, aunque en domingos de lluvia el sistema no funcionaba, y por lo tanto habían decidido comprar un reloj que solucionaría para siempre los problemas de horario.

»Se fue la abuela con cuatro corderos ya crecidos y un carnero atado a una cuerda. A sus cincuenta y tantos años recorrió con agilidad los montes que separan el caserío de la carretera a Markina. En el pueblo encontró a dos conocidas que hacían la misma ruta y la animada conversación sirvió para acortar el trayecto. Al llegar a Durango la abuela fue en busca de su cliente habitual quien, aunque satisfecho por el aspecto de los animales, regateó su precio, sin que a la abuela le sorprendiera o le importara, porque sin regateo el mercado perdía gran parte de su atractivo.

»Una vez que hubo efectuado su negocio, la abuela se dirigió a la relojería, preocupada por tener que adquirir un artilugio del que nada sabía y, desconfiada por naturaleza, temía un engaño. Se armó de valor, entró a la tienda y preguntó por el precio de los relojes. El relojero le explicó que tenía de muchos tipos: de bolsillo, despertadores, de pared, de mesa, de antesala..... Al comienzo la abuela se sintió perdida, pero estimulada por la amabilidad del tendero, examinó cuanto había en el escaparate, en el mostrador e, incluso, en la trastienda. Le dijeron el valor de cada uno de los relojes que, por cierto, era mucho mayor de lo esperado. De pronto el lugar se convirtió en una sala de música, en donde todos los instrumentos tocaban las doce campanadas del mediodía, y la abuela escuchó sorprendida el concierto inesperado. Hubo unas campanadas que le parecieron más bellas que todas las demás y al preguntar por el reloj que las emitía, le señalaron uno de antesala y ella de inmediato dijo que era ése el que elegía. Le explicaron que el mueble no estaba en venta, sólo el mecanismo, y le indicaron su precio, que excedía en mucho la venta de los cuatro corderos y el carnero. Decepcionada, se despidió del dueño de la tienda y emprendió el camino de regreso a casa.

»Al llegar, contestó con evasivas a las preguntas del abuelo sobre su visita a la relojería, y la familia sospechó que algo inusual le había sucedido, porque la veían silenciosa, con el ceño fruncido y la expresión preocupada, propia de quien se encuentra enfrentado a un serio dilema. Al cabo de varios días pareció haber resuelto sus dudas, ya que recobró su talante habitual y se hizo más ligera, como si al dese-

char sus reparos se sintiera aliviada y hubiera descubierto ánimos hasta entonces ocultos.

»Preparó un nuevo viaje a Durango y una vez más hubo de levantarse de noche. Al bajar a la cuadra de inmediato sus tres corderos favoritos se le acercaron y ella los puso uno a uno sobre sus rodillas para amarrarles las patas y colocarlos después sobre una cesta. Palpó debajo de las sayas y comprobó que la faltriquera con sus ahorros iba segura, alzó la cesta, la acomodó sobre su cabeza y emprendió la ruta. Al comienzo los corderos, asustados, no cesaban de balar, pero más tarde callaron, adormecidos por el balanceo de la caminata.

»Regresó la abuela al caserío llevando en la cabeza la cesta que contenía la mitad del mecanismo del reloj, demasiado pesado para transportarlo entero; el resto requeriría un nuevo desplazamiento. La familia, que esperaba con ansias poder contemplar la adquisición, se sintió desilusionada al comprobar que por el momento debía contentarse con una esfera que no funcionaba. El abuelo, intuyendo una extravagancia, se empeñó en conocer su precio y cuando comprobó que ese reloj representaba el producto de siete corderos, un carnero y parte de los ahorros, montó en cólera. Nadie recordaba haberlo visto tan furioso. Insistió en que la abuela debía devolver la compra al relojero y exigir a cambio el dinero imprescindible para el arreglo del tejado, pero la abuela no transigió y a los pocos días volvió a Durango a traer las piezas que faltaban. Aprovechó, además, para apalabrar a un carpintero que unas semanas más tarde se presentó en el caserío con el mueble de castaño.

»Finalmente el reloj quedó montado y comenzó a andar. Oír sus primeras campanadas constituyó toda una fiesta y familiares y vecinos vinieron a contemplarlo asombrados, ya que ninguno de ellos poseía algo semejante, aunque hubo quienes criticaron la osadía de la abuela, porque, según decían, una mujer juiciosa debía preocuparse primero de reparar su casa.

»Nada empañó el contento de la abuela, que en cada campanada hallaba compensación a una vida de desvelos. La ira del abuelo, que durante un mes no le dirigió la palabra a su mujer, se fue aplacando y terminó él mismo por sentirse satisfecho de contar en casa con algo que no sólo le permitía olvidarse de cantos de gallo y sombras de

castaño, sino que además ponía una nota alegre en la austeridad de su hogar. Los más jóvenes, interesados en desentrañar el misterio contenido en ese complicado mecanismo que contaba las horas, lo observaban con curiosidad sin atreverse a tocarlo.

»Por cierto que llegó un día en que finalmente repararon el tejado, y nadie volvió jamás a cuestionar la decisión de la abuela.

»Muchos, muchos años han transcurrido desde entonces y el reloj sigue marcando las horas, unas tristes otras alegres, del acontecer de esta familia. Quienes presenciaron su llegada a esta casa ya no están; otras generaciones han venido a reemplazarlos, pero el reloj continúa en pie, como un símbolo de la presencia de la abuela».

Calló mi amigo envuelto en el recuerdo y la añoranza. Revivía la imagen de esa aldeana vasca que supo construir un espacio para los sueños logrando, con increíble esfuerzo, que llegaran a ser realidad.

Se hacía tarde y debía marcharme. Me despidió mi amigo a la puerta del caserío, mientras la brisa agitaba las ramas doradas del viejo castaño, único superviviente de una época en que todo el monte era un inmenso calendario, de estaciones anunciadas por los matices cambiantes de sus hojas.

—Agur. Gracias por el vino y por la historia de la abuela. Alguien debería escribirla.

Al subir la cuesta que conduce a la carretera me pareció oír la voz de mi amigo.

—¿Y por qué no la escribes tú?

LA GUERRA QUE NO CONOCÍ

Itziar Laborda Otaduy

Segundo Premio

Los chiquillos del barrio estaban aquel día muy alborotados, sabían que algo ocurría, los mayores no despegaban sus oídos de las radios, y apenas se percataban de las trastadas que ellos hacían, ninguna madre les preparaba el consabido pan con chocolate barato, incluso en algunos hogares había dejado de prepararse la comida del mediodía.

—Dicen que viene Franco, contó a sus amigos el larguirucho.

—A mí me han dicho que es una guerra, dijo la marisabidilla, dándose aires de importancia.

—Mi padre dice que vendrán los moros, aventuró uno de los más pequeños.

...Y así iban desgranando los retazos de información que captaban. Ninguno de ellos había oído antes hablar del tal Franco, no tenían ni idea quienes eran los moros, y apenas comprendían el significado de la palabra Guerra, pero, por alguna razón barruntaban que aquel verano iba a ser diferente.

Aguardaban los acontecimientos con expectación, no sabiendo si alegrarse por romper la monotonía de las vacaciones, o, por el contrario tener miedo, viendo las caras sombrías de sus padres. Era el verano del 1936.

1

Ella, una niña como las demás, tal vez un poco más inteligente y

despierta que lo que correspondía a sus once años, se atrevió a preguntar en casa.

—Tía, ¿qué es la guerra?

—Tío, ¿quiénes son los moros?

Con infinita dulzura la tía le explicó lo que sabía, como buenamente pudo. Ella misma no comprendía el alcance del anuncio de que se encontraban en guerra, pero no quiso mentir a la chiquilla.

—La guerra es algo muy malo, las personas se matan entre sí, todos los hombres deben convertirse en soldados, y las mujeres se quedan en casa con los niños, sin poder salir.

El tío, al ver el semblante lívido de la pequeña, intento suavizar algo la información.

—Pero es muy difícil que lleguen hasta aquí, están muy lejos, a mi no me harán soldado porque soy demasiado mayor, y, aunque nos tengamos que encerrar en casa, somos muy afortunados porque en la tienda tenemos todo lo necesario.

—¿Volveré a ver a mi madre? Preguntó, temerosa de que la tal guerra le impidiera tomar el autobús que recorría los ocho kilómetros que separaban a madre e hija.

Los mayores intercambiaron una mirada preocupada, pero no dijeron nada.

2

Fueron pasando los meses, aparentemente, la vida no cambió demasiado, la chica pudo seguir yendo a la escuela, que tanto le gustaba, continuó jugando con los demás niños, y viendo a su madre de cuando en cuando.

Sin embargo, las conversaciones de los mayores dejaron de ser distendidas, éstos hablaban en susurros, y, aún cuando no oía lo que decían comprendía que hablaban de la Guerra. Ahora ya sabía lo suficiente como para saber que los del otro bando se llamaban Nacionales, que su jefe se llamaba Franco, y que todos temían que éste entrara al pueblo con sus moros.

Jugaba con otros niños a Guerras, a moros, muchas veces se jun-

taban en la escalinata de las monjas, y, excluyendo a los más pequeños, se contaban lo que sabían.

—Yo creo que los Nacionales están avanzando.

—Sí, pero no podrán entrar aquí, no les dejarán.

El invierno fue avanzando, y los alimentos comenzaron a escasear, incluso en la tienda de los tíos. Empezaron a comer algo, que no habían conocido hasta entonces, algo parecido a las patatas, pero con otro nombre, se llamaban boniatos.

La tía iba quedándose cada vez más delgada, el tío en cambio no perdió nada de su oronda figura, a pesar de las penurias. Ella salía a veces a pasear por la calle de arriba, cogida de su mano, y, con disgusto soportaba las burlas de los otros niños.

—Aquí viene, el tanque ruso.

Nadie sabía donde quedaba el país de los rusos, pero si habían oído decir que algunos padres enviaron a sus hijos a Rusia en un gran barco, para que éstos no tuvieran que soportar las penalidades de la guerra. La muchacha confiaba en que a ella no le ocurriera lo mismo, ya que no podía soportar la idea de que la alejaran de los suyos.

El tío siempre la consolaba y le pedía que no hiciera caso de lo que los críos decían. Era un hombre alegre, y optimista.

Sin embargo, un día, avanzada ya la primavera, entró en casa con la cara desencajada y dijo a su mujer y a su sobrina.

—Ya están aquí, lo acaban de decir en la radio.

Pocos días más tarde, los habitantes de aquel pueblo escucharon con espanto que, un pueblo, no muy lejano, había soportado un terrible bombardeo en el que había muerto mucha gente.

Fue un 26 de Abril, ese día cumplió doce años.

3

Y así comenzó un periodo de pesadilla, de bombardeos. Las autoridades decretaron que la población se refugiara al escuchar las sirenas que los anunciaban. Empezó a resultar algo cotidiano.

Un día la tía le preparó la merienda con un trozo de pan y algo de miel, y salió la calle, no le dio tiempo a comerlo porque las sirenas iniciaron su triste anuncio.

—Corre, corre a la escuela, en cuanto oigas la sirena, se dijo, recordando las recomendaciones del tío.

Corrió, corrió, corrió.

Aquel día el sonido fue infernal, la chiquilla estaba paralizada de terror, había mucha gente en la escuela, pero no veía a nadie conocido. Unos jóvenes soldados le hicieron señas para que se sentara a su lado, así lo hizo, no se atrevía a llorar, porque pensaba que era muy mayor, ni a preguntar nada, porque era demasiado pequeña.

Uno de los soldados al verla allí, quieta con su pan en la mano le dijo:

—Anda chica, date prisa que las moscas te van a comer la miel.

Y los demás soldados se rieron de su broma.

4

No es que la guerra fuera algo divertido, pero los niños necesitaban sobrevivir al horror y lo hacían buscando el lado cómico de las cosas.

Una de las diversiones preferidas de los críos era la de bajar hasta la estación del tren a ver las mujeres que venían de las ciudades, llegaban, por la mañana, delgadas, y tras algunas negociaciones con los habitantes de los caseríos volvían, por la tarde, ostentando unas hermosas tripas de embarazada, todos sabían que llevaban comida debajo de su ropa, y que los alguaciles no se atreverían a cachearlas, a ellos les resultaba gracioso. Era un juego que tenía relación con algo que se llamaba estraperlo.

Pero lo que más regocijo les causaba, eran los moros.

Éstos no parecían tan terribles, como habían imaginado, más bien les resultaban seres pintorescos, que llevaban extrañas vestimentas.

Lo más asombroso para la muchacha eran los cánticos que entonaban cuando enterraban a sus muertos. Nunca entendió el significado de las palabras, pero si aprendió aquellos raros cantos, los aprendió de tal manera, que nunca, a lo largo de su vida los ha olvidado.

Decían que los Nacionales estaban ganando la guerra. Ella ya sabía localizar en el mapa los lugares por los que, según la radio, estaban pasando. También sabía que habían ganado la batalla del Ebro, y, que, por un tácito acuerdo no debían mencionar en las conversaciones el nombre de Franco.

A sus catorce años, se había convertido en una joven bonita, a quien los pocos hombres jóvenes que se habían librado de ir a la guerra, la miraban al pasar.

Sin embargo seguía reuniéndose con los otros en las escalinatas de las monjas, y, aunque todos se estaban haciendo mayores, algo de su, todavía, niñez les impulsaba al juego.

Un día llegó corriendo un chico pelirrojo.

—Eh, vamos al frontón, dicen que allí hay un muerto.

Algunos niños se levantaron a toda prisa, otros, los menos, se quedaron sentados, la chica de las trenzas, el gordito de gafas, y la rubia enfermiza. Ella dudó un momento, no quería marcharse porque pronto tenía que volver a la tienda a ayudar, pero la curiosidad pudo más y corrió con el pelirrojo.

En el frontón no vieron ningún muerto, pero unos minutos más tarde una bomba caía sobre el convento de las monjas, alcanzando a tres niños que jugaban en la escalinata de entrada.

La muchacha que corrió en el último momento fue mi madre, durante mi infancia escuché una y otra vez los relatos de ese tiempo tan duro de su adolescencia que transcurrió en tiempos de guerra. No es un reflejo fiel de los acontecimientos, ni están cronológicamente ordenados sino una forma de expresar como han quedado en mi imaginación.

Es verdad que el día del bombardeo de Gernika cumplió años, son reales las anécdota del pan con miel, y los cánticos de los moros, aunque contadas a mi manera.

A mi padre no le enviaron al frente por ser demasiado joven, creo

que él y los de su edad pasaron a ser los chicos mayores que quedaban en el pueblo.

Debe ser cierto que mi madre escapó por poco a un bombardeo. A mis hermanos y a mi, nos gusta pensar que ella pudo traernos al mundo gracias a que sobrevivió a la cruel guerra, y para no perder la memoria se lo contamos a nuestros hijos, y que éstos se lo cuenten a generaciones venideras.

ARATXEDERRENEA

Alberto Narbaiza Echeandia

Lehenengoko saria

Belaunaldiz belaunaldi kondaira azko ta azko kontatu izan dira agoz ago gure baserri auzoetan beheko su inguruan ilenti goritu argitazunpean, laratza zala lekuko; ta aretariko kontu bat auxe urren izango dozuena izan zan: Egon eizan antzinean, ez noatzue esango noiz ezda nun ere, baserri etxe bat beste azkoren antzekoa zana, ezer berezikorik ebana beste batzuren aldean, edo alan uste zan behintzat.

Ango ugazabak seme bakar baten gurasoak ziren, da nik dinotaz urtietan sozkor oneko morroia zan. Langile zolie, beren sasoikoen lakoxe. Zuria ta toles bagakoa. Lotsati samar neskaren ondoan, da ausarta beren lagun sailakoarekin.

Egunaroko bear ordu argiak soloan zein mendian emote zituzan lanian lurrek goldatzen edo ezkatzaren surtarako egurretan, noiz baiten eta senipartiaz berentzat izateko zana etxaguntza aretan.

Erri inguruetakoko erromerietara be joaten zan beren lagun motroi-loagaz arek jaiak alaiz gozatutera etxeko ardurak alde batera utziz, da bide batez neskatil belarriondo gorridunak esagutu al izateko, da eurekin jantzan ekiteko *inpernuko auspoaren* musika soinupean, inoiz danok egin dogun legez.

Bazkal ostetan eta eguraldi ona bazan, etxe ostean euken aratx tantai adarpean aren ondoari bizkarra emoten deutsola ta beren eperdi ganian jarrita, lo kukutxo bat egite eban, baize igerrita egoalako adore ezin obiagoagaz zutuntzen zala gero eta, arratzaldeko lanari ekiteko gogo-gogotzu.

Behin baten, da kukuen sasoia zala kontuxu, zer eta jakingo dozue danok, urte osoko egun luzienak eta gau laburrenak izaten

direzela orretan eta, baserritarrentzat aspergarria baino aspergarriagoa dala ori, au da lan azko ta lo gitxi, ba gure etxeke mutila izardiz paseta beren egunaroko gizelana baina azkoz gehiago eginda etxeratu eizan iluntze aretan, eta artak artuten egoala beren nekeak astintzen eta eskuz bategaz eusten egoala aipatutako aratxondoari, ta bekaizkor beonek erakuste eban itxura ederragaitik beren kopeta gangarragaz, zelan egoan arro arro garbiz jantzirik, ez arapoz ez kipula txuntxurrerik beren azalean eta, beste barik garririk besarkaturik neurtzen bailegoan bereu, dinotso auxe, lortu ezinezko gauzaren bat eskatzen dan moduan:

Ai aratx, aratx, ik bai agoela osasuntzuz bete! Nork euki leiken ire indarra!! Zergaitik ez dok neri ematen zeozer ik daukadan indarretik...!?

Biamamonean aurrenengo erregutu arekin ahastuta, eta beren ekintetan ziarduala, konturatu zan zelan ba ostantzeko egunetan baino neke gitxiagotaz eldu zala etxera bearrak amaitzean, gogo obez eta barritsuago aurkituz.

Esango deusuet lagunok, aratx ori beren birraitita batek etxe atzean landaratutakoa izan zala ekandua dan legez, gero beren gerizpeak emongo eban prezkuriegaz etxeke zaharrak uda egun ito sargoretzuak naseiako iraun eitezan asmoagaz, da antza danez lur onean egin bere zerda urtero egite zun probia nabarmena zalako; danak inoen ori bera ikusterakoan arritute, bai orixe!

Arbola orrek emondako eskurretik zenbat eta zenbat txarri gizen-du izango ziren ango baserrian bertakoak ezda be zekien ori, eta beren orbelarekin korta barruko aberentzat azpi garrizat erabilte zan basoko irak orde, burdikada satz ezin obiagorik eginez etxeke lurrek aberaztu izateko.

Azko maite eben aratx au etxekeak beren amaiera bagako onuragaitik, ez ba, euki barik!!

Txoriak, zenbat eta zenbat abi egin ta kunek atara be urtero beren adar magalpetan! Eta zenbateri ostate ta aterpe emon urte osoan zear eguraldi txaharretan be! Zenbateri!!

Ez eban egundo, gaixorik ez adar igerririk agiri izan, ez ta ezer txaharrik! Eukazan koko guztiak txorientzat janari ziren eta garbi garbi egoan beti!

Aizeak eta elurrak sendatu ez besterik egite eutsien beren sus-

traietan, da zelan direzan gauzak, baserri au ez eban inork beren ize-
netik esagutzen ezizenagaitik baizik, eta danentzat Aratxederrenea-
koa zan.

Da gure gizon gaztia beren ordurarteko indarrak apurka apurka
gehituten zituzela oartuz, egunaro joate iakon garrondotik oratuten
aspaldiko erretolikiakaz dakigun mesedea ezkatzen, da olan ba eta
inork jakin barik zelan, gizon indartzuenena bihurtu zan, leko azko-
tara inor bazan, eta arrez geroz ez nekerik ez gaixorik ez gogo txaha-
rrik igarri eban aurrerantzian.

Beren erritarrak ezin eutsen asmatu berentzako bakarrik ondo
gordeta eukan sekretua, eta beren indarrezko ekinek artu eben en-
tzutekoa mendiak gainez arandik zabaldu egin zan. Danak euken
beren bear izana arazo aztunen bat konpontzeko ala preminesko
larriren batetik urten egitea nai ebenien. Burdiren bat, larregi samatu
samatuta, basatzen sartunda eta urten ezinik aurkitzen zala? Arin
ioakien legorrera ateratzeko laguntzen inolako iaramon barik.
Eleizan baten beren kanpandorreko eskil astunek aspaldiz arrakala-
tute, eta barriztuten eroateko zegaz edo zelan lekutik atara eta barri-
ro jantzi beren lekuan, jakin ezinean egozela? Ba, an etorko iakon etxe
atarira angu abade jauna laguntza ezke irripartzu besarkada burda
pillo batekin ondo ezan alian. Bolu zaharren batian, errotan eioteko
garia, beren arri biribil astuna bear zala barriagaz aldatu? Nor obeto
gure indartzue baino? Azelako zoriona errotari zekenantzak!! Azela-
koa!! Da olantxik ba, inori ez eutson ukatzen beren laguntza, zein
etxekoa zan begitu barik. Ain ona zan gure morroskoa! ze ona zan
bereu, baina! Da moko truke dana ganera, gero!!!

Erri jai guztietarako etorte iakien beren bila bertako gizon indar-
tzenari sokatiran ala idi dematarako arriagaz nor gehiagotan aurre
egiteko, eta itomen barik alako sei gizonen indarra erakuste eban,
onek nai baina ezin ebela inondik inora bereu menderatu.

Urtiak aurrera joan zirela, ordurarteko ezin ederrago arboliak,
akatz batzuk erakusten azi zan: Ezkurretan gutxitzen, adar puntak
eta lakatzak igarten...da esan eukien sartzaroan sartun zala, aratz
batentzako gazte izan bear zana oraindik. Baina zelan ezan zarkildu-
ko ba, ene lagunok, beren indarretik emon eta emoten egoan urtietan
etxeko gizonari eta? An egoan kakoa ba! An egoan bai!

Da urte barri baten, lantzarrak lore pitxiz eta bedarrez jazten doa-

zela negu ostean, ta basoetako zugaitz guztiak kimu barriak emoten azita egozela, gure aretxak ez eban emoten bizi seinalerik, eguzkiaren izpi laztanak ez zirela izan gauza bereu biztuteko, da susmo txaharrenak bete egin zirean. Ilik egoan, berenak eginda eukazan. Agur beren ondazunari!!

Arin zabaldu zan albiste negargarri au urrunetara, eta ermandade azkotako gizonak urreratu ziren etxe orretara beren egurra erosteko asmotan: Ogikinek bezoz makutzik, euren lo egin gurezko aurpegiagaz ta zuriz goitik behera urunez ondatute, zati luze baterako eukezan labeak berotzeko. Serratokietakoak euren begi zorrotzekin, arotz lapitz lodi bategaz belarriaren ganian ta neurri kordelagaz eskuetan, bera mairanduteko eta altzariak egiteko gero. Itsasontzigitik, txapela eskamaz loi ta euren besigu begi aundiekin, itsas ur aundietarako batelak eraikiteko beragaz. Upelategiko buzkentz aundikoak, euren zurre punta gorrituekin, sagardoarentzat bukoiek egiteko. Aizkolari argal azurtzuek, euren gasta usain atzituiegaz, egundoko gizadematan satitzeko asmotan.., da nor ez iakien etorri beragaz jabetzeko! Nor ez!?

Baina ez egoan salgeian, ez!! Arbola ori sakratua zalako etxeokentzat ainbat belaualdiz batera bizi eta gero! Etxarteko bat legez euki izana zan beti denpora guzti onetan, eta obe zan ileta on bat emotea beragaz etekine atara baino lehenago, danen onerako.

Da gure gizon indartzuek, lagun zahar bat legez izan ebanagaitik azken urte zoragarri onetan, Odei jaun txikia dan orreri erregu bat egitea otu iakon zintzoki, olako esan samurrekin:

A, Odei! Zuk aratx baten bitartez emon eustazun indarra ta zorientazuna luzaroan, orain arren ezkatzen deusut azken agur oho-retzu bat emoten laguntzeko beren eriotzean, guretzako onurie baino ekarri ez deuskun arbola oneri landaratu eta gehiago.

Eta Odeik berba onek ondo arturik, Ipar Ego Mendabal eta Sortaldeko onek aixe danak batunda, ekaitz itsugarritzko bat sortu eban. Ilundu zan egune bat baten, eupielako oinestarría jaurtiz aratxaren ganera zeru goiek urrutuiez, berelakorik inoiz gure lurraldean entzun ez dana ikaragarritzko ots batez lagundute, belarri barruek gortuteko beste atara egin eban danbadadeagaz, ta kandela bat bazan legez isetu egin zan, zuzi erraldoi baten antza arturik, baserri etxeari beren sugarrekin inolako kalterik egin barik.

Ez dakigu zenbat egunetan egon zan erretan baina, itsastarrak euren txalupetatik, gau azkotan laino murmuen artian ardoran ziar-duela ikusi ebela bai dakigu, zer demontrez ote zan ez ekiela asmatu ezinik; baita Auinamendiko artzainak ere euren bortu goientatik ikusi ebela esan euskuen andik denpora askotara, geure artian gerran azi ote ginan barriro, bene benetan arduratute.

Eta emen amaitzen da nire aintzinekoari entzunda kontu zoragarri au, eta nik zueri jakitera emoten deusuet kate maile bat legez eten ez daiten gizaldi onetan zeuen urkoen artian zabalduta kondaira moduan.

Badakit bai eta ondotxu jakin bere zuetariko azkok esango deus-tazuena: zueri ez iatzuela olakorik gertatzen, naiz eta arbola azkori garritik oratu. Eta ez dakizue zergaitik dan ori? Ba, ez dakigulako berba egokiekin eskatzen arbola orrek aditu deuskun. Dana dala alegindu zaiteze ori egiten behin eta berriz etsi barik, sarituak izan arte. Agur lagunok.

TXARRIA, ASTOA ETA TXARRIBODA

Martin Goitia Uriarte

Ohorezko aipamena

Euskaldun jator batek,
Nahi baserrikoa
Edo urikoa izan,
Ikusi du astoa,
Baita ere txarria.
Apaitzera nora
Bertsoz, euren artean
Behin gertutakoa...

Etxabere ezagunak,
Biak dira arruntak,
Onak eta apalak.
Bai, beharrezkoak:
Astoak, langileak,
Inozko eta xumeak;
Txarriak, ai! zikinak
Baina maitatuak.

Ez dira adiskideak
Elkarren ondoan.
Ez eta arerioak
Gortako txokoan.
Baina bakoitzak dauka
Jenio beroan
Iritzi desberdinak
Isilik gozotan.

Jai bat da txarriboda;
Baserriko jai!
Egun zoragarria,
Polita eta alaia;
Sendia alkartzeko
Aitzaki bizia;
Zahai eta gazteen
Egun berezia.

Asto zahar bat bizi zen
Ukuilu batean
Oboari lotuta
Beti isilean;
Egunik gehienetan
Lan egin ostean,
Triste eta adore barik
Gorta bazterrean.

Eta txarri eder bat
Bere aldamenean
Inoiz nekatu barik,
Beti umore onean,
Lanik probak gabe,
Modu ederrean,
Gazte eta koipetsu,
Ondo osasunean.

Behin, astoa hasi zen
Nahiko aserreturik:
Txarto eta gosekilik
Nago erdihilik;
Nik ez daukat jateko
Janari egokirik,
Eta ez ondo merezi
Dudan atsedetik...

Bizimodu bat daukat
Gogorra eta latza.
Eta hobera egiteko
Galduta esperantza.
Nire etorkizuna da
Betiko morrontza...
Asto jaio nintzanez...
Hau da zorigaitza!

Nire surbaldan argi
Gurutze bat daukat;
Ilezkoa izan arren
Nik hantxe daramat.
Bai, jaiotzatik dakart
Zigor arrastotzat...
Kristau ezaugarria,
Irri da niretzat.

Asto jaio nintzan ni
Zoritzarrerako;
Ez neukan aukerarik
Txarria izateko.
Legea legea da
Mundo guztirako.
Asto izan beharko dut
Bizi izateko.

Txarria dago, berriz,
Hortxe mizketurik.
Horrentzako ez dago
Ezelango lanik.

Beti, ni baino azkoz
Hobeto zaindurik,
Eta janari ederrez
Bapo elikaturik.

Etxanda pantxo-pantxo,
Lasai lozorroan,
Ametsetan egoten
Da bazkalondoan,
Arratzalde guztian
Nahi egun osoan,
Ardura txiki barik
Atsedengoz.

Nahi dunean hasten da
Gogor zarataka,
Zoraturik muturka,
Sendo irrintzika,
Inguruan sortuaz
Denontzat matraka!...
Laster etorriko da
Baten bat laztanka...

Jasekoa bahitz ba,
Neure antzekoa...
Itxura onekoa,
Indar handikoa...
Bere mutur zantarra...
Gorputza geldoa...
Kakanarru baldarra...
Pizti koipeztoa...

Izenak berak dio:
Berez da txarria,
Zikina eta zantarra,
Lodia eta lohia,
Eta buru makurra,
Alperria, lotia...
Bere inguruan dena
Da txarrikeria...

Txarria tripandi eta
Lodikote bada,
Ni naiz ostera, argala,
Hezurra eta azala.
Txarria, alpei hutsa,
Panpin bat eginda;
astoa, nekatuta,
Beti guzez hilda.

Berarentzat daude ba,
Jangai aproposak:
Babak, artagarauak,
Birzahia, patatak.
Niretzako, ostera,
Belar hondakinak
Inork nahi ez dituzten
Zaborra zikinak.

Lur jota, goibel dago
zotinka astoa:
izatez apala naiz
Eta oso mantsoa;
Langile apartekoa;
Gastu gitxikoa;
Zamabere merkea:
Berebizikoa!...

Beti narabile ni
Guztik zamaturik,
Indar guztiak galdua
Higitu ezinik.
Niretzat inork ez dauka
Erruki apurrik...
Ez dakit zelan nagon
Oraindik bizirik.

Txarriak ez dauka inoiz
Nekaru beharrik,
Eta sekula ez du

Emon izerdirik
Laztandurik bizi da
Antojuz beterik,
Pozik eta ezelango
Ardura handi barik.

Niretzako ez da falta
Egunero beharra;
Ostera janaritzat
Bakarrik belarra...
Ez gozoa, biziguna;
Lata eta gogorra!
Ai, nire Jaungoikoa,
Hau da zoritxarra!...

Berez, alpei galanta
Da beti txarria.
Ezertarako gauza
Ez dan animalia.
Baina aho gozoa
Dauka berezia:
anabaka freskoa,
Ozale egosia...

Niretzat beti dago
Halako zigorra.
Begietan daramat
Bakarrik negarra...
Eta berba garratzak
Onartu beharra:
Madarikatu hori!...
Asto potrozaharra!...

Txarriarentzat daude
Hitz maitagarriak:
Zelako azal fina!...
Zelako ipurdinak!...
Zelakoak dira
Bere gantzagiak!...
Ganera bizkarrean

Beti igurtziak...

Niretzako ez dago
Berbatxu guzorik...
Kokotetik lotuta
Beti bazterturik...
Ez daukat lagunik,
Ez adiskiderik;
Bakardade larrian
Bizi naiz tristerik.

Sarritan bainu gozo
Atseginezkoa
Hartzen du txarriak
Berebizikoa...
Masaje erotikoa
Edo ludikoa...
Nik sekula ikusi ere
Ez dudalakoa!...

Zenbat eta nik euki
Indar gitxiago,
Makilakadak dira
Orduan gehiago...
Lehen, orain eta
Baita gerorago,
Bizitza triste hontan
Sumindurik nago.

Zoritxarrez ez daukat
Lotarako astirik.
Izerdiz blai eginda,
Beti nekaturik,
Sarri daukat urdaila
Gozez erdi hutsik,
Baina nigaz inork
Ez dauka errukirik.

Aspertuta banago
Oso gogoiturik,

Arrantza egiteko
Ez daukat baimenik.
Hasi orduko, berehala
Hau entzuten dut nik:
Asto madarikatua!
Hago hor isilik!...

Hauxe zen astoaren
Betiko hizkuntza,
Jainkoari eskatuz
Mezedez laguntza,
Aldatzeko ba, behinguz
Holako bizitza.
Benetan sentikorra
Zen bere otoitza!...

Txarria ondo bizi da,
Eta honela dio:
Hau bai dela biziera!...
Beste inor baino
Aiseago bizi naiz
Behintzat gaurdaino,
Eta etorkizunean...
Hobeto oraindino.

Nire eginbeharra da
Jan eta lo egin.
Patxadaz bizi beti,
Eta irrintzika ekin,
Zalapartaka hasi
Indar guztiekin,
Gogaituta banago
Asaskatu nadin.

Albaiteroa dator
Gaizotasunean
Osasuna lortzeko
Epe laburrean.
Zoriontsu bizi naiz
Neure baztertxuan;

Bizitza ederra daukat
Gizonen artean.

Baina negu inguruko
Goizalde batean
Deiak entzuten dira
Kosk-kosk-kosk atean...
Eta egon arren astoa
Lorik onenean,
Berehala esnatu
Zen ziztu bizian.

Ausoko harakina
Da gaur datorrena
Eta aizto handi bat
Berak dakarrena,
Astoak zertarako
Den ez dakiena;
Baina hauxe da armarik
Harrigarriena.

Lehenengo eginbearra
Da baraustea:
Urdaiazpiko xerrak
Gaztaia, kafea,
Eta kemena hartzeko,
Whisky likorea...
Bai, ikustekoa da
Denen adorea!

Etxeko nagusiek
Prest daude gerturik,
Eta ume txikiek
Irrikaz beterik,
Txarriaren hilketa
Ikusteko pozik.
Denak arduratuta,
Urduri barrutik.

Behingoan aldatu da

Etxeko giroa;
Ataurrean batuta
Familia osoa,
Dena da umore ona,
Barrea eta zantzoa...
Gero... txarritokira
Harakina doa.

Erraz dakar txarria
Ondo engainaturik.
Bat-batean, batzuek
Belarrietatik,
Besteek hankatatik
Sendo oraturik,
Menperatu dute azkar
Erruki gaberik.

Eta harakinak, sartuz
Aiztoa samatik
Indarrez ea sakon
Bihotz ingurutik,
Gako baterik helduz
Beko paparretik,
Berehala txarria
Dauka ia hilik.

Adi dago astoa
Gutziz harriturik,
Triskantza izugarri
Guztia ikusirik,
Ezelan eta ezer
Ulertu ezinik...
Bitartean txarria
Dago arnasa barik.

Mutututa isilik
Bere bazterrean,
Dardar eta begiak
Irten beharrean,
Dago astoa otoizka

Ikara batean,
Goiko Jaungoikoari
Erruki eskean.

Kurrinkak, garrasiak,
Odola, negarrak,
Zizpuruak, saminak,
Oihuak, uluak,
Ostikadak, orroak,
Bihurkadak, dardarak...
Ene, zoratzekoak!...
Zer da ha, mutilak!...

Bururik hankatara
Izerdiz buztirik,
asto gaixoa hantxe
Dago bildurturik,
Ikusitakoaz
Gutziz zoraturik,
Dardakada batean
Eta ikaraturik.

Ene amatxu! Oraintxe
Dator nire txanda!...
Dio berak negarrez
Flan bat eginda.
Gertuta egongo naiz
Ni badaezpada,
Ostikoka hasteko
Arin, beharbada.

Andra-gizonak daude
Harro elkarturik,
Eta sute handi bat
Irekin pizturik,
Barruan sartzen dute
Txarria osorik,
Erreta gelditu arte
Ondo kiskaldurik.

Tripariak kenduta
Pozik baskulara,
Jakiteko lehenbailehen
Pisu gorabehera...
Posturak eta txantxak.
Dena da arrenkura!
—Zenbat arroa, jaunok?
—Hamalautik gora!!

Eta astoa bertan
Dago begiraten.
Buru barruan gauza
Txarrenak susmatzen,
Eta dudarik dabe
Urduri zorutzen;
Benetan bildurturik
Kezkaz arduratzen.

Eta harakinak, ordu
Batzuk igarota,
Bere aiztoa berriro
Zehatz zorrozuta,
Zatitzen du txarria,
Ondo garbituta
Mahai batean utziz
Ongi bananduta:

Burna, belarriak,
Hankak eta hesteak,
Urdaila eta barea,
Bihotza, pernilak,
Gibela, birikiak,
Urdaia, saihetzak
Solomoa, puxika...
Txarriki guztiak.

Ai ene! Dio astoak:
Jaingoiko laztana!
Ene bada! Jauna, zer da
Hor mahian dagona?...

Goizean osasuntsu
Ikusi dudana,
Hortxe dago, gaixoa,
Deseginda dana!

Iluntzean, holako
Triskantza eginda,
Senideek ospatzen
Dute kutxipanda...
Ajaja eta ijiji!
Zelako parranda...
Heriotz ankerra...
Gero... txarriboda!

Menu: berakatz-sopa
Eta bakailaoa,
Gibela, odolosteak,
Ai, sulumutxua,
Gaztainak eta intxaurrak,
Akeita, puroa...
Txistek eta irriak;
Gero, zortzikoa...

Ardoa: freskoa, ona;
Errioxakoa.
Txanpana: ahua onekoa
Ba, Frantziakoa.
Txarrikia: etxekoa!
Gure gixajua...
Afalondoa, alaia
Eta gogozkoa.

Ordea, astoak hau
Guztia ikusirik,
Bere barrutik dio
Bildurrez beterik:
Holako heriotzarik
Ez dut euki nahi nik;
Askotaz nahiago dut
Berez hil zaharturik.

Txarriak hartutako
Mezede handiak,
Janari bereziak
Eta igurtziak,
Baita ere entzundako
Hitz gozo guztiak,
Orain ikusten ditut
Gorroto garriak.

Ez dut nahi txarriaren
Antzeko azkenik...
Nire lana beteko dut
Zintzo, kexa barik...
Bai, neure bazterrean
Beti isil-isilik
Hartuko dut janaria
Apalki eta pozik.

Inoiz ez dut susmatu
Ere holakorik...
Ai! Ez dago munduan
Ez ezkubiderik,
Ez begirune onik,
Ez zutentasunik...
Ez dut ezer ulertzen...
Zer egingo dut nik?...

Ni, gaurko sarraski hau
Garbi ikusirik,
Lur jota gelditu nahiz
Aho zabal-zabalik.
Inorentzat ez dut nahi
Heriotz zigorrik.
Gaur nago txarriagaz
oso errukiturik.

Hilzorian negarrez,
Txarri koitadua!...
Heriotz gogor eta

Izugarrizkoa!...
Bera baino nahiago
Dut izan astoa.
Gauzak ondo pentsatuz,
Ez zen hain gaiztoa!...

Gaur gertutakoa
Sinistu ezinik
Gelditu naiz erabat
Desanimaturik.
Mundu hontan ez dago
Zoriontasunik...
Orain konturatu naiz
Inork esan barik.

Keskaturik euki dut
Benetan barrua.
Errez-errez argitu
Egin jat burua:
Luzaro mantentzeko
Bizirik larrua,
Onartzen dut daukadan
Berezko patua.

Zoritxarrez joan da
Txarria mundutik.
Behintzat, ni hemen nago
Bizirik oraindik.
Egia esan ezkerok,
Bai, meziprezaturik,
Baina ez dut hartu nahi
Judasen musurik.

Hauxe da astoaren
Gogorakisuna:
Ezin dut ondo ulertu
Gaurko ospakizuna:
Ugasabaren poza
Eta alairtasuna...
Gizona ez da zinez

Gu bion laguna!...

Artega jarraitzen du:
Gehiegi da hori...
Hilketa anker bati,
Pozezko jaialdi...
Hau lotsagabekeri
Eta doilorkeri...
Itxura gabekeri
Gutziz iraingarri!...

Beti da atsegina
Elkar maitasuna.
Ozena da munduan
Bere oiartzuna...
Baina bat da izena,
Beste bat izana...
Nun dago gizakien
Errukitasuna?...

Hauxe da gizonaren
Lelo ezaguna:
Neu naiz beti hemengo
Jabe eta jauna.
Neurea da bakarrik
Nagusitasuna...
Neu naiz munduan zuhur
Eta arrazoiduna...

Berez da gizona jaun
Eta nagusia.
Bere ebatsia da
Ondo ikusia,
Lotsagabea izan
Edo bihurria...
Gu, ai, beti morroiak
Hau, gure bizia!...

Txarria eta astoa,
Biok barregarri

Biok burlagarriak,
Bai bera eta bai ni.
Txarri zikin ugerdo!!!
Txukuna ez danari;
Gizon lelo bat bada:
Asto kokolo hori!!

Txarriak hartzen ditu
Mila koipekeri
Gizendu eta jateko...
Ni, berriz, lanari
Lotuta bizitzeko...
Ai, biok gizonari
Mezedea egiteko...
Hori da nabari!

Txarrikia da jangai
Ondo preziatua...
Astoa da langile
Txit porrokatua...
Zer arαιο ote da ba
Gure pekatua!...
Hau da nire galdera
Eta ikuspuntua!...

Astoa eta txarria
Guztiz ezagunak
Gure baserrietan,
Eta oso apaituak
Kaletarren artean.
Eurak dira eredunak
Inor iraindutzeko...
Madarikatuak!...

Biak dira munduan
Abera normalak,
Izaki bizidunak,
Izatez apalak.
Gu, gizakiok ere,
Adimen zabalak,

Arazoak asmatzen
Ez gara makalak!...

Aberatzak, txiroak;
Bai agintariak,
Baita ere menpekoak;
Batzuk itsusiak,
Beste batzuk galantak;
Batzuk gosetiak,
Besteek asetuak...
Gure tragediak!

Egizko maitasuna
Eta elkartasuna
Eta zintzotasuna...
Ai, berdintasuna
Eta anaitasuna
Eta askatasuna...
Utopia ezaguna!
Beti, ezintasuna!

Erreza eta atsegina
Da amets egitea.
Beste araso bat da
Eurak betetzea...
Astoaren demanda
Da eskari xumea!
Ostikoketa soilik,
Gure eskubidea!...

Txarriboda beti da
Aparteko eguna.
Baserritarrek gogoz
Ospatzen dutena.
Alegi ederra da
Gaur entzun deguna.
Arrazoi handia da
Astuak duena.

Ulerterrezak dira

Astoaren kezka
Eta sinesgarriak
Bere arrazoiak.
Baiana nire iritziz,
Konpondu ezinak.
Benetan dira arazo
Korapilatsuak.

Txarriboda eguna:
Zelako erritua!
Gure baserrietan
Guztik sakratua!
Famili guztietan

Pozik ospatua;
Egun zoragarria,
Beti irrikatua!

Astoaren kritika
Da ulertzekoa.
Txarriaren hilketa,
Penagarritzkoa.
Baina txarriboda bat
Da pozgarritzkoa,
Baserriko ekandu
Ezinbeztekoa.

LA LEYENDA DEL MAR CELOSO

Jaume Calatayud Ventura

La goleta —cedro, brea, bronce, cáñamo...— de nombre Orgullosa transportaba tapioca y plátanos, cacao y dátiles, cocos y melaza, desde Bahía Solana a La Escarcha, desde El Chajuán a Ventisqueros, y tabaco, y ron, y café, para entonar paladares y almas en las orillas frías de un mar antojadizo y vehemente, resabiado y bravucón, llamado Celoso porque si en sus aguas -de verde opalino, de azul turquesa, de gris perla- las más esbeltas y hermosas embarcaciones habían gozado como en ningunas otras, en las oscuras arenas de su fondo habían quedado atrapadas, poseídas para siempre, las más aguerridas y marineras. Y es que algunos mares, como algunos hombres, se ganan el nombre a fuerza de hechos. No era, pues, cosa rara que aquella joven goleta, con apenas dos meses de navegación, se sintiera como abarloada entre la fascinación y el recelo sobre los rieles de espuma que en el veterano amante, cual hileras de rosas blancas, abría la proa de su quilla durante aquellos sus primeros viajes de ida y vuelta del bochorno a la helada y del temblor otra vez al sofoco.

La primera noche que Remigio el Bardo vio a la Orgullosa hundir el mascarón -ella misma hecha figura humana, doncella bruñida por el agua y el viento- en el mar, y al Celoso, enfebrecido, atraparla para hacerla suya, y ella escapar encarando la proa al cielo negro, y otra vez humillársele para rehuirle luego y al poco volvérselo a rendir, supo, del amor, más de lo que le hubieran podido enseñar las más tórridas mulatas y las más apasionadas ebúrneas; y buscó palabras que expresaran sus emociones, las ordenó y se las dijo a Juan de Dios para que les pusiera música y las convirtiera en canción. Entonces,

Remigio el Bardo aún no sabía escribir, aún se llamaba, solamente, Remigio.

Cuando embarcó por primera vez, en busca de aventuras, apenas tenía quince años, sus manos se despellejaban con facilidad al roce de los cabos y su entereza se resquebrajaba frente a los embates del oleaje; pero cuando llegó a la Orgullosa llevaba ya diez años de mar, los callos de sus manos le permitían manejar las más ásperas drizas sin apenas sentirlas y las aguas, por muy embravecidas que estuvieran, no eran capaces de robarle ni un minuto de sueño; conocía gentes de todas las calañas y puertos de lugares tan distintos que ni sus cielos ni sus mares se parecían, y era capaz de echarse a la espalda un fardo de cien quilos con la misma facilidad con la que, en invierno, para bajar a tierra, se echaba el tabardo. Cierta noche de catanga y ron, reventó, haciéndola chocar contra una de sus rodillas, la cabeza de un moreno grande y robusto como un percherón, y si tuvo que hundir el acero de su faca en las entrañas de algún charrán, nunca le tembló el pulso. Sin embargo, cuando arrinconado en la cubierta de proa, con todas las estrellas del universo contemplándole, juntaba palabras como querer y volver, abandonar y llorar, dolor y amor, se estremecía como un chiquillo dengüero.

Y, de entre toda la tripulación de la Orgullosa, Remigio muy pronto eligió a Juan de Dios como compañero de mayor confianza, y éste le aceptó de muy buen grado. Era un marino curtido, Juan de Dios, un hombre maduro y un amigo franco, y guardaba en su acordeón las más hermosas tonadas que había podido ir recogiendo por los puertos del mundo entero; y al que acabarían llamando el Bardo, aquellas letras que hablaban de besos y de reyertas, de borracheras y de paraísos, de peces desconocidos y de frutos milagrosos, le embelaban, pero, sobre todo, le enfervorizaban para contar él también sus realidades y sus imaginaciones, sus experiencias y sus quimeras.

Juan de Dios sabía escribir, sabía cómo poner las palabras en los papeles para evitar que acabasen naufragando en los piélagos de la memoria, y tuvo la paciencia y la buena voluntad necesarias para hacer a su compañero partícipe de aquella sabiduría y abrirle un mundo nuevo por el que el Bardo nunca había soñado navegar cuando se llamaba, solamente, Remigio: el mundo de la poesía. Y, así, resultó que, hermanados por las melodías del uno y los versos del

otro, Juan de Dios y el Bardo eran capaces de dar a las veladas de la marinería los sabores de la nostalgia, de la esperanza, del festejo o del lamento.

Apoyado en la barandilla del puente de mando, con su inseparable cachimba entre los labios, sobre la cubierta donde sus hombres, cada noche serena, hacían corro de camaradería, el mismo capitán Gallardo, un marino como no ha podido haberlo mejor y un hombre de talante roqueño, dejaba a su ánimo mecerse en aquellos cantares; a todos: al más bizarro, al más deslucido, al más áspero y al más truhán se les estremecía el corazón al escucharlos

Creer algunos que los mares no tiene sentimientos; pero sí los tienen, y, como los hombres, a veces se dejan cegar por ellos. El Celoso, que en bonanza sabía ofrecer a sus amadas el más plácido de los lechos y permitir a los tajamares abrirse paso a través del verde cristalino de sus aguas como cuchillos en la manteca —la Orgullosa, cuando el viento le inflaba foques, cangrejas y escandalosas, se deslizaba por ellas con tal ligereza que hasta parecía ir a levantar el vuelo—, en días tempestuosos trocaba su galantería en indomable furia, y en plena galerna podía engullir un bergantín de tres palos como si fuera una chalupa.

Una noche de mal de recuerdo, Juan de Dios y el Bardo le hicieron a la Orgullosa una canción: *“Goleta mía, Orgullosa,/ tan esbelta y altanera,/ tan hermosa y marinera,/ tan intrépida y airosa./ Contigo quiero cruzar/ desde el más pequeño mar/ hasta el más grande y profundo;/ no habrá ninguno en el mundo/ que no te pueda gozar”*. ¡Ojalá nunca se les hubiera ocurrido! ¡Ojalá no hubieran osado jamás provocar al Celoso! Aquella maldita noche, Juan de Dios había dejado el acordeón junto al cabrestante y, antes de retirarse en busca del sueño, andaba por el alcázar asegurando el aparejo cuando una ola gigante se alzó por babor, como un enorme muro de agua airada, y se abatió sobre las cubiertas barriéndolas y llevándose cuanto halló sin amarrar. A Juan de Dios y al timonel les salvó el nervio de sus brazos, capaces de agarrarse a la vida como garfios. Algunos mares, como algunos hombres, se ganan el nombre a fuerza de hechos.

La noche siguiente, de luna nueva y silencio, mientras el capitán, apoyado en la barandilla del puente de mando, llenaba su pipa y el

marinaje intentaba ahogar en ron su melancolía, por un aire denso, brumoso y tórrido llegó, desde los cuatro puntos cardinales, el sonido lánguido de un acordeón ligando las notas de una tonada conocida, y aquel grupo de lobos de mar que no sabía lo que era el miedo se sobrecogió al oír una voz que parecía salir del abismo más hondo, cantándole a la Orgullosa: *“Goleta mía, Orgullosa,/ tan esbelta y altanera,/ tan hermosa y marinera,/ tan intrépida y airosa./ Nadie te podrá llevar/ ni al más estancado mar/ ni al más abierto y profundo;/ ningún otro mar del mundo/ te podrá nunca gozar”*. El Celoso arremolinó sus aguas en un torbellino enfurecido que parecía incluso capaz de hacer que el cielo se desprendiera de su bóveda, y la Orgullosa y todos su tripulantes fueron arrastrados por él hasta el fondo de los fondos de los mares y los tiempos: hasta la leyenda.

NIETO DE JERÓNIMO

Gregorio Rubio Vigarra

Nieto de Jerónimo, mi cuna fue un jergón de pajas y espinas, ligero de ropa por ser hijo de la otra España. Ni alto, ni bajo, algo flaco. Alegre, mas bien triste. Malo, aún podía haber sido peor, me sobaban razones para serlo; mi nombre Pedro para mi madre y pocos más, ya que todos me llamaban el *Patata* porque de mucho cavilar y poco comer tenía el color de las patatas; podíamos haber sido diferentes pero éramos así en los años cuarenta.

Mi amigo el *Chola*, no es que se llamara así, su nombre de pila era Juan, pero eso quedaba sólo para el colegio y demás trámites oficiales. Nosotros sólo le llamábamos el Chola porque en mi pueblo a los huevos de los verracos les llamábamos así y así fue como le pusimos ese apelativo, tenía un huevo estándar y otro tipo King-Kong.

Cuando íbamos a la charca a nadar las chicas no llevaban bragas y los chicos no teníamos calzoncillos; el baño lo hacíamos en pelota; decía María que así resultaba más íntimo y de paso le veía el huevo al Chola, que le hacía mucha ilusión.

Doña Mercedes era dueña de un ultramarino. Mi madre me mandaba a por huevos a la tienda de doña Mercedes y siempre me decía que me los diera gordos, que pequeños ya le bastaban con los de mi padre. No sé por qué a las mujeres, a todas les gustan los huevos gordos, también me decía que fueran tres, que a las tortillas siempre había que echarles los huevos nones, no como a las mujeres que siempre tenían que ser pares.

El *Fanega*, con sólo diez años, pesaba ciento ochenta libras, su padre era labrador con tres pares de mulas y bastantes tierras de labor. El Fanega un día se comió un celemín de bellotas y nosotros

solíamos decir que se había comido una cuartilla, los de mi pueblo éramos muy exagerados.

A doña Mercedes la llamábamos la *Bacalao*, pesaba doscientas cuarenta libras y para sentarse tuvo que comprar dos sillas reforzadas y aún así las posaderas se le salían por los lados. Según el Fanega decía que olía a bacalao igual que su madre. Su padre cuando no podía soportar más aquel olor le decía: “Pepa vámonos a la charca, para que te quites ese olor” y la subía al carro y le daba volquete en la charca. Nosotros no la podíamos ver durante el baño porque no quería Pepa que le viéramos sus partes íntimas. Después la llevaba su padre a la cochera para calcular el peso que había perdido en el baño. En el molino no se quería pesar, decía que los molineros se reían de ella. Así que la pesaba su padre en la cochera con una romana colgada de una viga, con unos cinturones parecidos a los de los paracaidistas, pasados por las ingles. La romana por un lado representaba libras y por el otro, arrobas; la pesaba por el lado de las arrobas, por el lado de las libras sólo pesaba hasta ciento cincuenta. Después de que Pepa se pesaba, en el colegio hacíamos unos trabajos de aritmética para pasar de arrobas a libras y deducir el peso de los cinturones con ayuda de don Ramón, que así se llamaba nuestro profe.

La obsesión de nuestro maestro, a pesar de ser de derechas igual que mi madre, eran los números pares; decía que el treinta y seis había cambiado los destinos de la patria, y en el siglo XX se conseguirían muchos adelantos. Nos hablaba de lo grande que fue el rey Felipe II. Nos mandaba recitar unos versos que había compuesto Pedro Calderón de la Barca a dicho rey. Me decía a mí: “Pedro, recita unos versos”, y yo comenzaba así con voz de marica:

*“Fue tan alto su vivir,
que sólo el alma vivía ...”*

Mi profe de nuevo me lo hacía repetir, diciéndome que había recitado con voz de señorita, otra vez volvía yo a recitar con voz de macho.

Don Ramón con el ojo derecho miraba para el gobierno y en izquierdo tenía una nube, por eso decía que a los rojos no los podía ver.

Mi madre era de derechas, como ya he dicho, y mi padre, rojo, así que cuando mi padre venía de buscar trabajo que nadie lo contrata-

ba, mi madre que nunca callaba, lo martirizaba porque mi madre era muy cruel con mi padre, le decía que qué lástima que no te llevaron a ti a dar un paseo igual que a tu hermano Tomás, que se lo llevaron el año cuarenta y no ha vuelto aún.

Doña Mercedes y mi madre eran íntimas amigas, las dos se jactaban de tener nombre de reina; mi madre se llamaba Isabel y presumía de sus apellidos compuestos, según mi madre daban mucho prestigio; a mi padre no le valoraba, según ella, era pobre hasta en los apellidos.

Se me olvidaba decirnos que tengo un hermano, bueno, os diré la verdad, es que no lo quería decir porque es un plasta y un chivato y sale a mi madre, se llama Felipe. Yo, le llamaba *Cara Sucia* y mi madre me castigaba. Según mi madre su nombre de pila es muy bonito, yo intuía que sería por lo de Felipe el Hermoso.

El *Pelusa* era de los más íntimos de la pandilla, pesaba quince libras en bruto; su padre era carpintero, hacía los barreñones para los cerdos, los pesebres de los mulos y otros trabajos de poca importancia por ser sus clientes los menos favorecidos en cuanto a riquezas.

Cuando íbamos a robar pan de higo a la trastienda de la Bacalao, pasábamos al Pelusa por la reja y él desde el interior nos proveía de un buen surtido de tabletas que después nos repartíamos para comerlas, no le quitábamos el moho ni los gusanos, los que nacimos por esos años estábamos inmunizados de los gusanos y el moho. Mi hermano se los esparcía por la cara; al llegar a casa, mi madre le lavaba la cara con en una bacía, con el agua hacía sopas porque según mi madre tenía vitaminas y proteínas y eran tiempos en los que no se podía tirar nada.

En mi pueblo hay dos plazas, una se llama de Isabel la Católica, o de la iglesia, otra del pilón porque tenía un pilón que servía para abrevadero de los mulos; la llamábamos de la Encina por tener una encina milenaria, lo sabíamos por el padre del Fanega que sabía leer en la corteza de los árboles. En la piel de las bellotas se representaba la virgen de los desamparados.

A la plaza de la iglesia sólo podían ir los hijos de mamá los hijos de madre, lo teníamos prohibido, si íbamos nos recibían los municipales no con bombones, nos recibían con las porras, que eran de picha de toro, nos daban unos pichazos en los lomos, bueno lo de los lomos es un decir, exceptuando el Fanega los demás teníamos los lomos igual que Rocinante. A mi un día me dieron unos pichazos y

me rompieron tres costillas, a un amigo que le llamábamos el Ocho le pusieron que parecía un nueve, después nos llamaban bergantes y otros apelativos, que no entendíamos su significado. Don Ramón no nos enseñaba esas palabras, bastante tenía con hablarnos de la historia sagrada y de la patria; sobre todo eso, de la patria.

A nosotros no nos importaba que no nos aceptaran en la plaza de la iglesia, teníamos la de los desamparados que lo pasábamos mejor como no teníamos zapatos se nos calentaban los pies con los cagajones de los mulos. Para nosotros era un privilegio la plaza del pilón, estaba la virgen que nos amparaba y al mismo tiempo aprendíamos cosas de la naturaleza.

Decía don José, el cura, que a los niños no era bueno hablarles de sexualidad, que ya lo aprenderíamos de la naturaleza que la naturaleza es muy sabia y enseña. Así que nosotros hacíamos con nuestras amigas lo que nos enseñaba la naturaleza.

El Chola se enamoró y se hizo novio de María y quería romperle el virgo, antes que se lo rompieran los hijos de papá, según decía el Chola eran los hijos de los ricos más altos y más guapos y siempre eran los primeros en todo. Pero María, no quería que se lo rompiera, porque aconsejaba don José que las chicas tenían que ir virgen a la iglesia el día que se casan, que no se pueden presentar ante el altar donde se ofrecen sacrificios a la divinidad, por ser un pecado.

Un día le pregunté a don Ramón si no sería mejor que todos fuéramos iguales, que no hubiese ni ricos ni pobres. Don Ramón me contestó eso es comunismo y los comunistas son unos burros, unos ateos y unos cabrones, y va en contra de los hombres de bien.

El verano ¡oh! ¡qué generoso! nos deleitaba con sabrosas frutas; con solo extender la mano podíamos coger peras o higos para el buen gobierno de nuestras desconsoladas tripas pero eso lo teníamos prohibido. Nosotros todo lo teníamos prohibido. Los guardas rurales no es que nos prohibieran coger frutas, nos aconsejaban que no las cogiéramos si no teníamos árboles propios porque según ellos eso era robar y si robábamos no éramos buenos, y los malos se tenían que ver la cara con don Anacleto el juez, había veces que se nos olvidaban los consejos y don Anacleto ya era como de la familia.

Existían diferencias entre los hijos de papá y nosotros, lo cual era motivo de grandes peleas, no es que fuéramos violentos los de aquella época, nos engendraron la violencia y la maldad igual que el escorpión inculca a sus víctimas con la ponzoña de su aguijón. Ellos

nos atacaban con sus palos y sus botas y nosotros a la vez con toda nuestra ira. Las luchas y la violencia con el correr de los años cesó y las heridas exteriores cicatrizaron; pero las internas y nuestras diferencias seguirán abiertas para siempre.

LOS HUEVOS DE PEPE

Tomás Izquierdo Mínguez

Como todos los días que trabajaba en el turno de noche, mi abuelo entró en la oficina del técnico de turno para recoger la hoja del plan del trabajo, donde se especificaba la clase de acero que correspondía fabricar y el tipo de componentes que necesitaba la mezcla.

El técnico se la entregó acompañada de otra; se trataba de una carta de felicitación que la empresa había recibido por la calidad de sus productos; le pidió que la enseñase al resto de los compañeros y luego la pusiese en el tablón de anuncios para que la pudiese leer el personal de otros turnos.

Por aquellos tiempos las fotocopiadoras no eran muy sofisticadas, la firma y el sello no estaban muy legibles, por lo que uno de los compañeros de mi abuelo comenzó a decir que correspondía al gobernador.

Después de aquel comentario que se extendió por toda la empresa, el resto del turno transcurrió como cualquier día. Así que a las seis de la mañana mi abuelo abandonó la empresa y contó a la persona que le relevó las incidencias del turno de noche y lo que estaba previsto para el de mañana.

Al llegar a casa no encontró a mi abuela, como era la costumbre cuando le tocaba el turno de noche, despierta en la cama “esperándole”; aquel día dormía profundamente, así que con el ánimo de esperar a que se despertase, se fue a la cocina, y encendió la radio para escuchar las noticias por si decían algo referente a la carta que según el compañero había mandado el gobernador del País Vasco a la empresa.

Por aquel entonces sólo se podía escuchar una emisora en Baracaldo y aún faltaba un cuarto de hora para las noticias de las siete. Estaban transmitiendo música clásica y mi abuelo no tardó en quedarse dormido, sentado en una silla y con la cabeza sobre los brazos que había colocado encima de la mesa. Y comenzó a soñar.

Soñó que el director de la empresa, al ver que sus operarios tenían más tiempo libre debido al trabajo a turnos, incluso los domingos y descansar entre semana, y como había aumentado la contaminación en el pueblo, necesitaban un área de esparcimiento, por lo que mando al sr. Alcalde construir un monte de 8.342,45 metros de altura y un tren cremallera con el fin de que el personal de la empresa pudiera ir allí a pasar los días laborables que tuvieran fiesta y poder pasear por una zona de recreo que en la cima se levantó con un gran restaurante.

Mientras se sueña se vive, sobre todo cuando son cosas bonitas, dicen algunos. Mi abuelo no solamente lo vivió sino que aprendió cosas que nunca se le hubiesen pasado por la imaginación, cosas que la ciencia encierra.

Se encontraba en aquel restaurante comiendo un par de huevos fritos con jamón cuando llegó hasta allí el alguacil de Baracaldo con un encargo urgente del señor alcalde que tenía que entregar al dueño del restaurante.

—Pepe, siéntate junto a mí.

Le dijo mi abuelo, después de comprobar que había terminado de dar el mensaje.

Pepe se sentó y el dueño acudió con rapidez para preguntarle qué le apetecía comer.

—Igual que lo de este —contestó—. Pero los huevos, cocidos. El médico no me permite comer huevos fritos a causa del régimen.

El dueño le sirvió el jamón para que pudiera ir picando mientras cocía los huevos.

Al de diez minutos el dueño apareció con un plato donde había dos huevos y un salero.

Pepe cogió uno y lo golpeo contra el plato desparramándose por él al instante, tomó el otro y comprobó que le pasaba lo mismo. Se los enseñó a mi abuelo quien rápidamente se dirigió al dueño

—Le has dado a Pepe los huevos pasados por agua. ¿Seguro que los has tenido cociendo el tiempo necesario?

—Prepararé otros. Contestó el dueño algo enfadado.

Al cabo de veinte minutos mientras terminaban Pepe y mi abuelo otro plato de jamón obsequio de la casa y hablaban de sus cosas, el dueño apareció sonriente con los nuevos huevos. Pero más de lo mismo, no se habían cuajado.

Al ver que la historia se repetía, al dueño del restaurante se le borró la sonrisa de repente. Se le puso la calva roja, y aseguró que aquella vez los había tenido dentro del agua hirviendo a tope y más tiempo del necesario.

—No tendrás buena olla. Contestó mi abuelo sin dejar de mirar a Pepe, como queriéndole decir que vaya lio se estaba armando.

—Las mismas que tenía en el restaurante del pueblo —contestó el dueño muy apurado.

Mi abuelo miró una por una las piezas del juego de cazuelas y pudo comprobar como ninguna de ellas estaba hecha con acero de Altos Hornos de Vizcaya. Llamó por teléfono a una de las ferreterías del pueblo que las vendía para que con urgencia subiera una donde poder cocer un par de huevos para Pepe.

Dudaba si Pepe los comería, porque se estaba hartando a jamón, al que el dueño le invitaba para que no protestase.

No tardaron en llevar hasta allí una cazuela. Todos los allí presentes estuvieron pendientes una vez que el dueño, con gran suavidad, metió los huevos, llenó la cazuela de agua y la puso encima del fuego. El agua no tardó en hervir. Después de un tiempo más que prudencial todos estuvieron de acuerdo. El dueño sacó los huevos, los colocó en un plato, y con un ademán chulesco con la mano derecha invitó a Pepe que se sentase entre la expectación de todas las personas que allí se encontraban. Los huevos se volvieron a desparramar por el plato, aquellos también estaban pasados por agua, pero no cocidos.

Después de una larga discusión, todos echaban la culpa a la mala calidad del carbón que aquella cocina quemaba. Mi abuelo pensaba en la falta de oxígeno que aquel aire tenía y que pudo provocar que la combustión del carbón fuese incompleta, a causa de lo cual por la chimenea saliesen humos con partículas de carbón, inquemadas. Salieron todos de la cocina pero vieron que no era así. Todas las teorías cayeron por tierra cuando uno de los presentes dijo:

—El agua ha hervido con normalidad. Estáis dando palos de ciego.

El dueño del restaurante llamó al alcalde para informarle de lo que pasaba. Al principio éste no quiso darle importancia, pero ante la insistencia de mi abuelo, que se había puesto al teléfono al comprobar que no eran suficientes las explicaciones del dueño, el alcalde llamó al Gobernador territorial para que mandase un equipo de técnicos con el fin de investigar porqué en aquel lugar de recreo, que él había creado para el personal de la empresa, no se podía cocer lo que a ellos les apeteciese.

Aquella noche el Señor alcalde no pudo dormir a gusto. Había invitado allí a una gran alubrada a directivos de la empresa el próximo fin de semana. Un pensamiento se le iba y otro se le venía pero entre uno y otro pensó que le habían dado demasiada altura al monte.

Los técnicos explicaron que los huevos están formados principalmente por proteínas que forman una estructura tridimensional. Al ponerlos a hervir se deshidratan y las proteínas se desdobl原因an y desnaturalizan por el calor, provocando la unión entre las moléculas vecinas mediante unos enlaces covalentes, y creando una malla en el huevo que es lo que le da, al cocerlo, una estructura covalente.

¡Menos teórica y más practica!, pensaron todos los allí presentes, aunque ninguno se atrevió a decirlo.

Un químico de los técnicos enviados por el gobernador comenzó por analizar el agua y dijo que no llevaba partículas en suspensión, que todas las sales que tenía la disolución eran normales, por lo que no hacía falta depurarla, y que algún día se llamaría Aguas del Gran Bilbao, aptas para ser bebidas y todo lo demás.

Un físico midió la temperatura del agua al hervir y comprobó que distaba mucho de los cien grados centígrados.

Llamó al palacete del gobernador donde un compañero le confirmó que aquella temperatura le correspondía al estar a 8.432,45 metros de altura. Cosa que comprobó en unas tablas que tenían en la oficina técnica del palacete. El diagrama decía que por cada 10 metros subidos a un monte, la presión atmosférica descendía 1 milímetro, y al descender la presión disminuye el punto de ebullición del agua.

Los técnicos comprendieron así, que con aquella temperatura del agua los huevos no se podían cocer y encargaron a mi abuelo la confección de unos planos, con ellos se fue al taller de calderería que la empresa tenía para mantenimiento y conservación de sus instalaciones de producción: mi abuelo había explicado a los enviados del gobernador la existencia de este taller ya que ellos pensaron que Altos Hornos de Vizcaya sólo se dedicaban a fabricar acero y su mantenimiento lo contrataba a empresas del exterior.

Una gran olla con capacidad para cincuenta huevos fue construida en el taller con acero de Altos Hornos. Uno para cada persona que se suponía iba a estar en el monte cuando se realizase la prueba, la gran prueba; curiosos, enviados del gobernador, los empleados, el dueño y Pepe. Mi abuelo dudaba de que éste comiera el suyo después del jamón que seguía tragando, o tal vez pediría los dos a los que mi abuelo le había invitado.

Lo primero que hizo fue invitar a la persona que iba a hacer la olla, le rogó que tenía que subir al monte con él y con la olla. Ya nada podía fallar, comería un huevo cocido con él y le ayudaría a cerrarla y abrirla.

Tenía el presentimiento que se iban a cocer. Aquel recipiente tenía una orejeta a cada lado de la parte superior que iban sujetas con tornillos y una ancha pletina sujetando de lado a lado la parte superior de la tapa, y esto le permitiría a la olla tener una gran hermeticidad en su cierre. Nada de agua podía escapar en forma de vapor. La tapa tenía soldados dos tubitos uno para acoplar un manómetro que en todo momento marcase la presión del interior de la olla, por supuesto mucho más alta que la del monte donde no se podían cocer los huevos por el problema de la altura, y otro para colocar un peso que regulase la presión de la olla dependiendo de la cantidad de gramos del peso.

Pusieron la olla al fuego con los cincuenta huevos y llena de agua hasta una marca que la había hecho con el fin de que por la parte superior de la olla pudiera circular el agua y permitiese que la caliente subiese en forma de vapor y hacer que la transmisión del calor por convención fuese perfecta. Hasta cinco pesos en forma de válvula de seguridad taponando el tubito tuvieron que probar hasta encontrar el idóneo; en unos el peso era inferior al que necesitaban y

era arrojado fuera de la olla hasta el suelo, y con otros la presión que alcanzaba el manómetro era excesiva y tenían miedo de que los huevos se rompiesen.

Después de retirar la olla del fuego se esperó quince minutos para que ésta se enfriase. A mi abuelo aquel rato se le hizo interminable, pero al fin mereció la pena.

Todos los huevos estaban cocidos y ninguno salió roto.

No sobró ni un huevo. Las cincuenta personas comieron el que les pertenecía, incluso Pepe, acompañándolos con unos buenos tragos de vino.

Los enviados del gobernador partieron satisfechos para enseñarle la olla y explicarle como gracias a la colaboración de mi abuelo lo habían conseguido; entonces el ruido de la puerta de la cocina al abrirla mi abuela lo despertó suavemente.

—Cariño ¿Cómo no te has metido a la cama? Sabes que todos los días que estás en el turno de noche, te espero de vuelta.

—Dormías profundamente.

—Sí, pero has dejado que se hiciese tarde.

—No importa, desayunaremos y nos meteremos sin prisa en la cama.

—Tú no tendrás prisa, yo tengo que marchar.

Mi abuelo le pidió que le contase porqué no tenía tiempo de meterse otra vez en la cama, y mi abuela le contestó que lo que él quería, podía esperar, pero lo que ella tenía que hacer no.

Así que después de almorzar, dió un beso a mi abuelo, metió la ropa en el balde de zinc, puso el sorki en cima de su cabeza, luego el balde y se fue camino del lavadero. Mi abuelo se metió solo en la cama.

EL INVIERNO

Antonio Longo Saez

El invierno. El invierno produce en mí un estado casi enfermizo de recuerdos de mi infancia.

Los inviernos de mi niñez eran mucho más crudos que los de ahora y según el dicho popular de los lugareños, el año tenía “nueve meses de invierno y tres de infierno”.

Por aquel entonces, en mi humilde casita no había corriente eléctrica, por lo que mis únicas distracciones eran: sentarme junto al fuego bajo junto a mi madre, que hacía punto sin parar; devorar a la luz de los leños libros como *Robison Crusoe* —éste fue el primero que leí, con unos ocho años—; y calentarme los pies enfundados en calcetines de lana, hechos por mi madre, claro.

Alguna mañana un gran resplandor me despertaba por la ventana y al abrir la puerta de mi cocina, me encontraba con una nevada de medio metro y el paso hasta el gallinero se hacía duro; pero había que ir para impedir la salida de las gallinas, que se quedaban ciegas con el reflejo de la luz del sol sobre la nieve.

Una de aquellas gallinas —la llamábamos “la Rubia” — ponía huevos con dos yemas y murió de vieja en casa, siendo la favorita de mi madre y a la que, junto con mi perro “Mierkos” (*amigo* en polaco) me inculcó para siempre el amor hacia los animales (nada más deprimente para mí que un zoo).

La gran nevada no me arredraba para acudir a la escuela todos los días, aunque estaba a dos kilómetros de distancia y eran cuatro viajes por día.

Allí se ponían los pupitres alrededor de la estufa de leña y a veces

lo hacíamos con las manitas entumecidas por el frío. Luego, la distracción principal era caminar sobre el helado pantano y observar las tencas y truchas que plácidamente nadaban bajo el hielo.

Cuando el temporal arreciaba mucho y la ventisca no dejaba ver a diez metros de distancia, jugábamos al escondite en el caserío de Arlaban. Una especie de caserón con muchas habitaciones cerradas a perpetuidad, cuyas puertas me daba miedo abrir, pues en todas ellas había muerto alguien de la casa.

De aquel caserón era la niña llamada Argitxu, una niña con la que me atraía mucho jugar y que tenía unas trenzas gruesas como mis brazos.

Cuando nos acurrucábamos en algún rincón para que no nos encontrasen, yo olía con deleite el olor de aquellas trenzas y en la obscuridad de aquel rincón notaba que me ponía colorado.

Fue en más de una ocasión que le di un beso en sus sanas y sonrosadas mejillas, con el pudor de unos niños de diez años.

Habrían pasado unos treinta y cinco años cuando un verano, acompañado por mi hijo pequeño y provisto de mi cámara de cine, decidí dar una vuelta por aquel pueblo.

Después de enseñar a mi hijo y filmar todos los rincones de aquel pequeño pueblo, sentí la imperiosa necesidad de acercarme al caserón de nuevo.

Me encontré una inmensa construcción, toda ella remozada, y en la puerta había una mujer madura con una niña en el regazo.

Bajé del coche casi temblando y me dirigí a aquella mujer acompañado por mi hijo.

«Hoja, Argitxu», le dije. «¿No me conoces?»

«No», dijo ella.

«Soy Antonio Longo», le dije yo.

Se levantó y riéndonos nos besamos en las mejillas.

Su pelo ya no estaba provisto de trenzas. Era un permanente pelirrojo y al hacerle, cariñosamente, la observación, ella me preguntó por mis rizos rubios, entre risas.

La niña era su nieta; también tenía un nieto, que no estaba en aquellos momentos y que había hecho la Primera Comunión.

Me presentó a su marido, que me saludó de forma hosca. Charlamos durante una hora y nos intercambiamos tarjetas de visita.

Después de volvernos a besar, montamos en el coche y nos alejamos del lugar.

Han pasado quince años de eso y no la he llamado ni ella a mí. Creo que no volveremos a vernos nunca.

Aquel pequeño pueblo alavés, que no he dicho todavía que se llamaba Landa, estaba comunicado con Vitoria por un pequeño tren de vía estrecha que hacía el trayecto Málzaga-Estella.

En aquellas grandes nevadas se interrumpía la comunicación y entonces venía una locomotora de vapor, provista de un quitanieves, para despejar la vía.

Yo entonces subía a la estación, cubierto de nieve hasta las ingles, para recibir a aquella locomotora que, además de despejar la vía, traía pan, el correo y algún periódico con varios días de retraso.

Con un poco de suerte, el fogonero me daba un bloque de carbón, que lo llevaba a casa como un artículo de regalo para mi madre.

Con el paso de los años, el invierno se ha suavizado. Ahora, ya retirado, me gusta caminar por el bosque, bien abrigado, esperar la llegada de las fiestas para reunirme con mis hijos —ahora viviendo fuera de casa— y proyectar después de la cena, en pantalla y con un viejo proyector, películas de cuando ellos eran niños. También imágenes de mis mayores —ahora desaparecidos— que me llenan de nostalgia.

Me llena de estupor el ver que ahora, dos centímetros de nieve detienen la vida cotidiana y la gente se alarma por ello; pero en fin, hay que aceptar que los tiempos han cambiado y que aquellos inviernos llenos de silencio, frío y sabañones de las orejas pertenecen al pasado.

Que sea para bien.

Niños/as
Haurrak

CASTRONOVOKO AZTIA

Nerera eta Jon Gómez Lauzirika

Lehenengoko saria

Ez dakit nork esan eustan lehenak eta ez dot gogoratzen noiz Narros del Castillo, Rivilla de Barajas eta jakina Gemerendura komentuko ia-ia sitsak jan eginiko dokumentu zaharrak leidu nebazanean, baina herrietako horien entzute zaharrak adi entzunik, Rivilla eta Narrosen artean dagoen Castronovo gaztelu arakatzeko geroago eta gogo bizia-goia sortzen yatan.

Gaztelu hori Isabel Katolikuaren alaba txikienak sortu eban 1487an. Horretarako, Rivilla de Barajaseko udalbatzarrak dehesa hori utzi egin eutson jauregi bat eraikitzeko. Urte batzuk geroago, Felipe Ilk Duque de Alba —hirugarrenari oparitu eutson, eta ordutik hona “Grande de España”— jauntxo horrek Castronovokoa etxaguntzat hartu eban luzaro. Gaur egun, almenez gabeko gaztelua erdi hondatuta dago eta inor ere ez da bizi barruan, baina inguruneko artzainek ardiak harako satora eroaten dabez.

Gaztelutik laurehun metroetara edo eliza bat, hobeto esanda eliza zana, dogu; egia esan, teilaturik ez dauka eta elizako bi horma baino ez dagoz zutunik. Diotenez, frantziarren aurkako “Guerra de la Independencia”-n, 1808an, Napoleonen armadako soldaduak hondatu ebezan bai gazteluko almenak bai elizaren teilatua bai horma sendoak. Geroago, gaztelua berreraiki eben baina elizarik ez. Hori guzti hori garrantzitsua izanik, niretzat gazteluaren eta eliza horren arteko existitzen dan lur azpiko pasabide sekretu bat edota bertako zaharrak esaten dabena garrantzitsuena zan.

Harrezkero, nik ez dakit zenbat hara eta honako joan-etorria egin neban Castronovo ikusten dan inguruetatik, elizara eta gaztelura joan

nahian. Ni neu bakarrik ez nintzan ausartzen, egia esateko, “Castro-novoko”k jabea Duquesa de Alba ebalako eta pasatzeko baimenik be ez neban, eta beste alde batetik ez neutson inori esan gura neure bihozkada.

Baina, aldapa gora gabeko aldapa beherarik ez dagoanez, baten batengana jo behar neban eta Arsenio artzainarengana egin neban elkarren lagun ginan eta. Arseniok, bere ia hirurogei urteokin artzaintzari ziharduen baina ez urrunetan, ezpabere Castronovo gazteluaren inguruan baino.

Egun batean, Zapierna izeneko iturburutik nembilela, ikusi neban Arsenio bere artaldi txikiaren aurrean Rivillarako bidean. Heldu zan, eta errekan ardiek edaten eben bitartean, egin genduan berba eta etxera joaterakoan esan neutson:

—Aizu Arsenio, zer emongo neukeen egunen baten zurekin Castronovora joan eta zeu artzaitzan ikustearren!

—Hori baino ez bada, ez da asko eskatzea —erantzun eustan irri-barrez.

—Eta bide batez gazteluaren barrura sartuko ote gara?

—Bai, gura baduzu... —erantzun eustan buruko txapela kendu eta ilea laztanduz—, baina han bertan gazteluaren eta elizaren arteko lur azpiko argi bariko oso pasabide misteriotso bat dago eta entzunda daukat neure zaharren esateetatik, hor, pasabide horren erdian dagoen argiz betetako egongela handia batean Castronovoko antzinako Aztia egoten ei zan bere bizargorria laztandu eta laztandu. Abestu be egiten ei eban, baina nire ustetan orain ez dago horrelako egongelarik, ez aztirik, ezta antzekorik be, denak kontu kontuak dira eta.

—Bai Arsenio, hori pasadizo hori ikusi gura dot.

Arreta handiz entzun neutson Arseniok esandakoari, baina neure bunuari esan neutson hango herritarrek aparteko gertaera misteriot-suen gaineko esaten ebena, hau da: “*direnik ez da sinestu behar, baina ez direnik ere ez da esan behar*”. Eta horren guztien ondorioz Castronovoko pasabide sekretu hori ikusteko gogoia isiotu jatan.

Izan ere, Arsenio eta biok hurrengo egunerako Castronovoko gaztelura joateko geratu ginan elkar. Nik gau hartan ez neban ia lorik be egin, bihotzak taupada biziak ematen eustazan. Goizeko zortzietan, Castronovorako transhumantzia-cordelaren ondoko bidean ikusi genduan elkar.

Iazko udan ene txirrindula maite zaharra gauzeztandu egin jatan, eta bizikleta egokia edukitzea oporraldi onak pasatzeko oso garrantzitsua dala kontuan harturik, aitari esan neutson txirrindula berria erosteko. Eskatu eta eskatu, ekin eta ekin azkenean txirrindula berri eder bat erostea lortu neban. Neure txirrindula berri ha ederra baino ere ederragoa zan.

Txirrindula berria etxeratu bezain laster, ene txirrindula zahar maitea ganbarez betetako sotoko bazter batean geratu zan. Herriko mutiko batek eskatu eustan txirrindula, ugertu beharrean berak konponduko ebalako erabiltzeko asmotan, baina nik ez dakit zergatik ezetza eman neutson.

Behingo batean lortu neban bizikleta berria, pozik baino pozago nengoan lehengo baino “bizi” handiagoa eta hobea nebalako. Herriko lagunei esan neutseen txirrindula berria ikusten joateko. Hura bai zala ikustea! Harrokeria ez jatan falta. Eta danen aurrean herri guztiko bizikletarik onena zala esanez, martxan jartzen saiatu nintzan pedalada baten bidez baina pedalada hori batera, kris-krausssst! zarata berezi bat entzun zan eta kateak zirkinik be ez! Lurrera jausi ez nintzan ba! Bigarrenez be egin eta bardin! Eta neure burua bertan behera. Zuri-zuri nengoan, kolorge, zer pentsatu ez nekiala lagun guztien erdian.

Herriko mekanikari guztiengana joan nintzan... baina alferrik, kris-krausssst! zarata bera eta katea mugiturik ez. Azkenean, agure batek esan eustan:

—Hi, hor zeure burua apurtzen egon beharrean, zergaitik ez hoa Castronovoko lur azpiko pasabidera eta hango Aztiaren kontsulta eskatu. Inork esatekotan, berak esango dik zer gertatzen jakon bizikleta berri honi!

—Hori baino ez ba dot joan egingo naz.

Gau luzeak asko igaro nebazan. Inondik eta inora ezin neban loak hartu. Hurrengo goizean, tertzioz jagi, maleta sikua hartu eta biok orpoetan bar barik gaztelurantz abiatu ginan. Rivillarako bide-tik errepede nazionala zeharkatu eta gero sartu egin ginan Dehesan

eta han ikusi genduzan artzain, eli-pastor, nekazari... eta guztiei agur esan geuntsen. Trabancos ibaia pasatu ondorengo ezkerretara hondatutako eliza eta eskumatara gaztelua. Artez-arte joan eta barrura sartu orduko, atsedenditxo bat hartu genduan, izerdia sikatu eta arnasestua kentzeko. Lasaitu ginanean, geldi-geldi sartu satora eta bilatzen ari ginan pasabidearen ataka oinarrizko horma sendo batean Arseniok aurkitu eban. Ateko goroldio kendu ondoren berorrek atea bultzatu eban, baina esan eustanez ez ebalah nahi pasatu, linterna baten laguntzaz ni besterik ez nintzan aurreratu eta ehun metroren bat ibili ondoren gela handi bateraino aleigatu nintzan.

Ikaraturik nengoan hango argia, arteko egurrezko mahaiak eta urregorritzko tresnak ikustean. Bazter guztietara adi ninoian eta halakobaten, sakonetik berba gozo hauek entzun nebazan:

—Nor dabil hor?

—Neu nozu —erantzun neutson—. Eta zu nor zaitut ba?

—Ni? Castronovoko Aztia

—Ba zeugana nator eskaria egitera

—Jezarri hor harri batean eta kontatu.

Nire aurrean egoan gizon zoragarria zirudien, onda jantzita, urregorritzko bizargorria ondo orraztuta eta berbaikuna gozoduna.

—Zer ardura dakarzu hona hain estu eta larri?

—Ba, gizona, hauxe eta hauxe, txirrindula martxan jartzen joan naizenean, kris-kraussst! zarata egin ondoren zirkinik ez deust egin eta berorregana nator laguntza eske!

—Baina, martxan jarri aurretik bedeinkaziorik bota deutsozu? Eta txirrindula zaharra behartsu bati oparitu ote deutsozu?

—Ez ba!

—Ba begira —erantzun eustan—, hori bizikleta berri hori deabruak dauka lotuta eta ibiltzea nahi badozu, lehenengo eta behin bizikleta zaharra eskatutako mutikoari opari behar deutsozu, eta bigarrenik, Gemerendura komentuko abadeak Gemerendurako bertako iturburuko urarekin bedeinkatu egin behar deutsu san Kristobal —gidarrien patroia dala eta— eguneko eguerdian, eguerdiko hamabietan.

Esandakoaren aldi berean urregorritzko giltza txiki bat eman eustan.

—Eroaizu zeurekin hau urregorritzko giltza hau, eta eskatu abade-

ari bedeinkatzeko. Gero, erabili ezazu hori giltza hori zeure txirrindula konpotzeko.

Eskerrak eman neutsazan eta handik atzerantz irtenez, etxerako bidea Arseniorekin egiten neban bitartean kontatu neutson gertatutakoa. Urregorritzko giltza txikia ikustean Arsenio aitarenka eta guzti ebilen. Ezin eban ezer ulertu. Hainbeste urte izan, hainbat aldiz Castronovora etorri, horrenbeste kontu entzun eta jakin... eta hara nork, eta erbeste batek Castronovoko Aztia ikusi!

Hurrengo eguna san Kristobal zanez, Gemerendura komenturantz abiatu ginan eta abadeari txirrindula eta giltza bedeinkatzea eskatu neutson. Baietz erantzun eustan, baina nik bedeinkatu baino lehen ene txirrindula zaharra eskatutako umeari oparitu behar neutson Halaxe egin neban egun berean eta biharamunean eguerdiko hamabietan egi eginak abadeak bedeinkazioa botaz batera deabruaren ikaragarritzko zaratatxoooooooo-braussssssssst! bat entzun zan bizikletaren katean eta giltzaz konpondu ondoren trikitin-trikikin! Martxan jartzea lortu neban... jausi barik.

—Bai oporraldi ederrak txirrindula berriarekin! Zoratu ez nintzanean zoratu pozaren pozez!

Pozez beterik ikusten nebanean neure burua itzartu egin nintzan.
Ametsak beti amets

Hurrengo astean bazkalostean, amak:

—Jon, heure praketako poltsikoetan aurkitutako giltza “dorada” txiki hori, norena da?

Eta nik amari:

—Ez dakit ba! Ez dakit norena dan, baina bizikleta konpontzeko primerakoa da.

Ametsak beti amets ote?

LA LEYENDA DEL PANTANO DE RIAÑO

Patricia Bermejo Franco

Primer Premio

Cuando era pequeña mi padre me contó una leyenda de un pueblo llamado Riaño, que se encuentra en León, en la montaña. Parte de mi familia es de las cercanías de ese lugar y la leyenda contada durante años y años llegó a mis oídos hace unos 4 años.

Según cuenta la historia Riaño era una comarca tranquila. Sus habitantes se dedicaban a sus labores: el trabajo, en su mayoría de ganado y agricultura para los hombres, las labores del hogar para las mujeres y la educación para los más pequeños. Así vivió Riaño durante largo tiempo hasta que los tiempos cambiaron.

En Riaño vivía un hombre al que todos los habitantes de la comarca apreciaban por haberse movido y haber luchado por ellos. Hasta que dicho hombre no llegó a Riaño, la mayoría de la gente de allí vivía como antiguamente, es decir, era un pueblo muy rústico. Según pasaban los años todo iba a mejor. La gente de Riaño, ajena a los planes de este hombre, disfrutaba su día a día como habían hecho hasta el momento. Mientras tanto, este hombre fue nombrado alcalde de la comarca por todo lo que había hecho por la gente de Riaño.

Era 1986 y la gente empezaba a hartarse del alcalde. Todo lo que había hecho por ellos hasta conseguir el cargo no era más que un mero recuerdo, pues las promesas que hizo a la gente se esfumaron y no se llevaron a cabo. Los problemas de la gente ya no le importaban, no recibía propuestas y se limitaba a vivir bien y a negociar con pueblos y comarcas de los alrededores.

Un caluroso día de verano, típico en la zona de Castilla-León en la que está situado Riaño, el alcalde congregó a todos los habitantes. Les

comunicó que tenía planes que iban a hacer rica a la comarca y que harían que sus vidas mejorasen notablemente. La gente, confiada, creyó al alcalde y esperaron ansiosos el día en que este les dijera cuáles eran los planes. Dos meses después, el tan ansiado día llegó, aunque la decepción, la tristeza y el enojo tiñeron la comarca.

El alcalde les contó que los planes que tenía para ellos eran hacer un pantano que abasteciera a los alrededores. Este cubriría de agua la comarca y algunos pueblos de alrededor dejando sin hogar a unos 1500 habitantes, llevándose casas, recuerdos... La idea no fue bien acogida por todos. Disputas y riñas fueron el tema principal durante los siguientes días, incluso durante las siguientes semanas.

Los más ancianos eran los que más se negaban a la idea de abandonar sus hogares, donde habían vivido toda su vida, por un puñado de dinero. Manifestaciones, recogidas de firmas... fueron unas de las muchas actividades promovidas por los habitantes que tristes y apenados aunque enfadados a la vez, se resignaban a darlo todo por perdido como ya habían hecho muchos otros.

En ese mismo año y parte del siguiente, tuvieron lugar las obras para hacer los muros de contención del pantano. La comarca poco a poco se fue vaciando, pues muchos de los vecinos de Riaño creyeron que ya no había nada que hacer para evitar que construyeran el pantano. Cogieron las pertenencias que pudieron llevarse, recuerdos como fotos... y anécdotas que siempre recordarían. Muchos de los que se fueron de Riaño tuvieron sus nuevos hogares en pueblos cercanos como Cistierna o Crémenes, ya que aunque se marcharon de su pueblo natal no querían olvidarlo del todo y querían mantenerse cerca.

Mientras tanto, en Riaño, seguía habiendo vecinos que luchaban por lo que hasta el momento había sido suyo y querían que siguiera siendo. Llegaron a pintar en los muros del pantano frases en contra de su construcción, pero el alcalde siguió en sus trece y no cambió de opinión. Las obras del pantano siguieron hacia delante.

Solamente faltaban unos meses para que el pantano se llenara de agua cuando quedaron menos de 200 habitantes. Todos los demás habían decidido marcharse y resignarse a perder todo por lo que habían luchado. La gente de los pueblos de alrededor de Riaño ayudó a los habitantes de la comarca contra los planes del alcalde, pero fue en vano, nadie pudo hacer nada.

Era principios de diciembre de 1987, y el alcalde de la comarca decidió tomar medidas contra los habitantes que se habían negado a irse de Riaño. Con la ayuda de otros hombres, el alcalde trató de sacar a la gente, y aunque opusieron resistencia lograron sacarles de allí. El único consuelo para la gente era que había luchado y que les darían dinero por las pérdidas; que aunque no borrara el dolor ayudaba a vivir mucho mejor.

El 31 de diciembre de 1987, en nochevieja, todo el mundo estaba celebrando la entrada del año nuevo, pero la dicha no era la misma ese año. El no poder celebrar las Navidades en sus hogares ahogaba la felicidad por momentos. Cuando todos estaban tomando las uvas, las compuertas del pantano se abrieron y se empezó a llenar de agua, dejando bajo ella deseos, hogares, pertenencias y recuerdos de la gente que vivía allí.

El alcalde y su esposa, quienes vivían en Riaño, también abandonaron la comarca pero no de igual manera. Mientras los vecinos de Riaño se tuvieron que marchar con lo puesto casi, casi, el alcalde emprendió su marcha con todas sus pertenencias y con todo el dinero de los vecinos por la obra del pantano.

Lo que nadie sabía era que unos pocos vecinos que todos pensaban que habían abandonado el pueblo quedaban allí. Cuando se llenó el pantano, esos vecinos murieron ahogados y nadie lo supo. Nadie les echó de menos, pues pensaban que se habían marchado del pueblo como todos los demás, aunque les extrañaba que no hubieran dicho dónde se iban a instalar para seguir viviendo tranquilamente.

La esposa del alcalde de Riaño era de esa comarca; allí nació, creció y vivió hasta que el pantano acabó con todo. Se resignaba a olvidar todo lo que había sido para ella ese pueblo y día a día, sobre las seis de la tarde se acercaba a la presa para pensar con calma y tranquilidad. Pero un día marchó a esta y no volvió. Llevaba dos semanas escuchando voces que procedían del fondo y que la avisaban de que sufriría un trágico accidente si su marido no devolvía el dinero a la gente de Riaño. Ella, asustada, no contó nada y un día paseando por la orilla del pantano cayó por la ladera y falleció ahogada.

Su marido la enterró cerca del lugar dónde ocurrió la tragedia, pues era el sitio que su mujer amaba con más fuerza. La visitó durante semanas pero un día, misteriosamente, desapareció del pueblo y no

volvió a visitar la tumba de su mujer. Lo único que se supo de su marcha fue una nota que encontraron días después en el pantano.

*Marcho de este pueblo. No lo aguanto más.
Voces me obligan a pagar; no quiero! Me llevaré
Conmigo el dinero. Este pueblo sin duda
me vuelve loco. Huir mientras podáis. Huir!!
El alcalde.*

La gente del pueblo nunca entendió la nota que el alcalde depositó en el pantano. Todos creyeron que el alcalde había enloquecido con la muerte de su esposa y que había decidido marcharse de la comarca para olvidar. Nadie le dio importancia a la nota. Nadie hasta este mismo año.

La leyenda así me fue contada, pero para mi sorpresa, este año en mi pueblo se contaba una segunda parte de si. Todo había acabado muy extraño, esta parte todavía lo hizo mas.

Según me contaron, este verano fue muy raro en la comarca de Riaño. En los meses de verano una gran sequía asoló la península ibérica. En Castilla-León la sequía fue muy fuerte; hectáreas arrasadas por el fuego, mucho cultivo estropeado por la falta de riego... Los pantanos estaban casi vacíos y dejaban al descubierto las casas, iglesias... de las zonas que se cubrieron por el agua.

En los meses de julio y agosto sobre todo, la gente se acercaba a Riaño para ver el antiguo pueblo. Gente que vive ahora en el nuevo pueblo situado en las laderas de los montes se acercaba hasta el pantano para contemplar la escena. Pero una noche, cuando unos adolescentes de la zona paseaban, se oyeron unas voces. Estos no hicieron caso de ellas y se marcharon a sus casas finalizada la fiesta. Al día siguiente ocurrió todo.

Con los primeros rayos de sol la gente empezó a levantarse y a hacer su vida habitual, pero la monotonía no estuvo presente ese día. Ahora el pantano es una especie de club náutico en el que se organizan actividades para el disfrute de todos. Cuando uno de los trabajadores acudió ese día a su puesto de trabajo se encontró con lo inesperado.

Casi todo el pueblo quedó al descubierto, se dio cuenta este hom-

bre de que había cadáveres allí. Los más ancianos del lugar reconocieron un brazalete que llevaba uno de los cadáveres y entonces se dieron cuenta de que era una antigua vecina y su familia. Los cadáveres eran los últimos habitantes de Riaño, que, sin que nadie supiera nada, no habían abandonado sus casas y fallecieron ahogados. Allí también encontraron el cuerpo sin vida de la mujer del alcalde, pero lo que les extrañó fue que el alcalde la había enterrado y que apareció abrazada a una bolsa.

Los vecinos, movidos por la curiosidad, abrieron la bolsa y allí encontraron todo el dinero que el alcalde les debía. Pero lo mas extraño era que en la nota que dejó el alcalde decía que se llevaba el dinero con él. Los misterios sobre el pantano no han sido esclarecidos por nadie. Y yo me pregunto: ¿por qué nunca se ha sabido la verdad sobre el tema?

Y esta es la leyenda sobre el pantano de Riaño que me contaron de pequeña y que ha ido pasando de boca en boca por la gente de los alrededores de la comarca.

EL FANTASMA DE SOMORROSTRO

Andoni Pérez Frías

Segundo Premio

Hace muchos, pero que muchos años, sucedió una historia tan apasionante que para unos fue una simple leyenda pero para los que la vivieron resultó escalofriante. Me la contó mi abuelo Antonio sentado en su terraza con los ojos mirando al cielo como si en ese preciso momento lo que me estaba contando estuviese sucediendo.

Todo comenzó cuando siendo mi abuelo aún un niño, le dejaron por primera vez acudir a las fiestas de Somorrostro y eso que no era fácil llegar, había que atravesar senderos y senderos durante largo tiempo hasta llegar al pueblo. La primera vez lo recordaba con mucha claridad, quiénes eran sus amigos, como vivían, incluso con un par de ellos se ve de vez en cuando; pero volvamos a la historia. Al festejo acudieron multitud de personas, todas ellas muy jóvenes, lo estaban pasando muy bien hasta que vieron a la gente correr y correr desesperadamente; las chicas asustadas gritaban, la música paró y todos se quedaron sin saber muy bien lo que pasaba. Tuvieron que esperar hasta el día siguiente para enterarse de lo ocurrido... y aquí comenzó la terrible historia del "Fantasma de Somorrostro". El pueblo comenzó a comentar que un fantasma apareció aquella noche, algunas niñas que pudieron verle de cerca dijeron que era grande, con dos cabezas y que llevaba atada a la pierna una gran cadena, otras decían que no tenía dos cabezas y así día tras día se fue corriendo la voz por todo el pueblo, incluso los adultos llegaron a rastrear la zona durante dos días llevando grandes palos.

Pasó el tiempo y cuando parecía que la historia se iba olvidando, el fantasma volvió a aparecer una noche de invierno cuando toda la

pandilla del pueblo hicieron una pequeña merendola en un monte cercano, llevando castañas para asar y alimento que les mantenía calientes. Todo estaba tranquilo, hasta que la gente que se encontraba más cerca de los árboles que rodeaban el descampado, comenzaron a correr en todas direcciones gritando: “el fantasma, el fantasma”, entonces fue cuando mi abuelo lo vio. Por supuesto que no tenía dos cabezas ni llevaba cadenas, ni mucho menos era tan grande como la gente decía, pero tuvo que reconocer que daba unos fuertes gritos y se movía muy deprisa entre la maleza; apenas si se le vio unos segundos, pero los suficientes para que la fiesta se diera por finalizada y así siguieron pasaron los fríos días de invierno hasta la tercera aparición en las afueras del pueblo en casa de un amigo suyo. Su madre les había invitado a todos a merendar unas uvas pasas y un delicioso bizcocho que lo hacía con la leche de las vacas que tenía en el establo. Antiguamente los establos y la cocina estaban situados en la planta baja de la casa, mientras que en el piso superior estaban los dormitorios y la sala. En casa ya sabían que llegarían tarde por lo que cuando salieron de casa de su amigo era ya muy, muy de noche, solamente tenían cinco minutos de camino por un estrecho sendero sin iluminar, se guiaban por las luces de las casas y cuatro o cinco farolas que rodeaban la plaza del pueblo.

De repente, ruidos extraños al borde del camino les hicieron acelerar el paso, las niñas les abrazaban con fuerza haciéndoles incluso daño, ninguno decía nada, pero todos pensaban lo mismo. El “Fantasma de Somorrostro”.

Y así fue de nuevo aquella sábana blanca que incluso sin apenas luz resaltaba en el camino... por supuesto que corrían desesperados hasta la misma plaza del pueblo y se sentaron agotados en los bancos de piedra.

Esa misma noche, algunos de sus familiares salieron por los alrededores en busca de aquel fantasma que siempre que oscurecía, aparecía medio loco; pero nunca se acercaba lo suficiente como para atacarles o dejarse ver. Estaban seguros que sólo quería asustarles pero no sabían por qué. Más de dos horas estuvieron buscándole, sin encontrarle.

La noticia fue de boca en boca por todo el pueblo y por muchos pueblos más. A partir de ese día, cada vez que salían a jugar, a meren-

dar casa de algún amigo o iban al cine, intentaban regresar antes de que oscureciera. Recuerda que en uno de esos días calurosos, cercanos a la llegada del verano, habían salido a jugar a la trompa a la carretera y las niñas a jugar a la cuerda; la noche comenzó a caer sin darse cuenta. Asustados, recogieron todo muy rápido y salieron deprisa para no encontrarse con el famoso fantasma. Se habían alejado demasiado del pueblo como para llegar a casa antes de anochecer.

El hijo del médico que por cierto, era el más travieso y el más rápido, se dirigió hacia la ermita para esconderse en los pórticos, y si fuera posible, pedir ayuda, pues el párroco dormía en el pueblo y solo se desplazaba a la iglesia, para los oficios y algún otro asunto.

Todos siguieron al niño hasta llegar a los arcos de piedra que rodeaban la Ermita. Golpearon con fuerza las dos grandes puertas de madera sin obtener respuesta. De todas formas, ellos continuaron dando golpes y gritando auxilio. Una de las pequeñas ventanas que se encontraba a la altura del suelo, y que sabían que era la de la sacristía, se encontraba abierta. Sin pensarlo fueron entrando todos poco a poco cayendo en una sala grande y oscura. La pequeña luz que entraba por el ventanal les ayudó a conseguir una vela y poderla encender.

Todavía se le pone el pelo de punta al recordarlo, pues... delante de ellos, permanecía colgada del techo, de un gran gancho ¡El Fantasma! Comenzaron a gritar hasta darse cuenta de que de aquel gancho lo que colgaba realmente era la sábana del fantasma.

Cuando se lo contaron todo a sus padres fueron a casa del párroco para preguntarle por qué se encontraba la tela blanca del fantasma en la sacristía. No sabiendo de que le hablaban, acudió al día siguiente a hablar con el Alcalde.

Dos semanas después, se organizó una fiesta sorpresa para que mientras los jóvenes estuviesen bailando, los adultos vigilarían los alrededores de la ermita y así fue como a altas horas de la noche, cuando la fiesta estaba a punto de terminar, las grandes puertas de la ermita se abrieron para ver salir con sorpresa de todos al "Fantasma", se lanzaron sobre él y quitándole la sábana descubrieron la cara del verdadero fantasma ¡El sacristán!. Aquel hombre que nunca había hecho daño a nadie y que apenas salía de su casa, sólo para ir a la iglesia, aquel hombre precisamente, con cara asustada era el "Fantasma de Somorrostro". Semanas más tarde, se llegaron a enterar de que

sólo pretendía asustar a las jóvenes para que llegaran pronto a casa. A su única hija por haber llegado tarde una noche, la asaltaron para robarle los reales que llevaba, es por eso que cuando la noche caía, el sacristán salía más que para asustar a las niñas para protegerlas; como él decía, quería ver a sus niñas sanas y salvas.

SIN MIEDO A LOS HELICÓPTEROS

Edurne Arteta Solaguren

Al andar rebuscando en las cosas que se encontraban en el camarote de mi "aitite", encontré un diario escrito por él. Tuve interés por leerlo y me senté en un sofá viejo que se encontraba cerca. Al ponerme a leer vi como le habían ocurrido cosas que hoy en día no se pueden imaginar. Por eso he decidido contaros algunas cosas que me han interesado. Así que las contaré como aparecían en el diario.

Yo era muy pequeño cuando dejé de ir a la escuela, pero aún me acuerdo de un chico que siempre estaba dibujando en el pizarrín. En aquellas épocas, todavía no existían las hojas.

Aquel chico que se sentaba al lado de mí pupitre siempre dibujaba. Y, quien iba a decir que al cabo de unos años ese chico se hiciera famoso por tener la idea de pintar los árboles del bosque de Oma y por darles diferentes formas llamándolo así, "El bosque mágico" o, mejor dicho, "El bosque de Ibarrola".

A los ocho años dejé la escuela y me puse a trabajar. Ese año fue cuando estaban venga a pasar helicópteros por encima de las casas y fue cuando me explicaron que aquello era la guerra. Al principio no entendía el significado de la palabra guerra, pero al pasar los meses me di cuenta de lo que era.

No sé cómo ni por qué, pero un día una señora me montó en un carro huyendo del bombardeo y aparecí en Carranza. Durante todo el viaje tuve tiempo más que suficiente para contemplar a la señora que me había sacado de aquel desastre. No hablamos nada de lo asustados que estábamos, así que me dediqué a mirarla.

Era una señora mayor y llevaba un pañuelo blanco en la cabeza,

que le sujetaba el moño que llevaba. Tenía una cara arrugada y unos ojos no muy llamativos. Pero, a pesar de todo tenía buen tipo. Aquel día me sentía un poco perdido, hasta que por fin regresé con mi familia y todo volvió a la normalidad. Bueno, todo no, aún seguían los helicópteros dando vueltas, ¿No se aburrirían?

Un día, todos los amigos nos fuimos a escondernos a la huerta, jugando a escondernos de aquellos helicópteros que sobrevolaban por encima de nuestras casas. Aunque pareciera un juego no muy divertido, era una buena forma de pasar el tiempo.

Una vez, desde un helicóptero empezaron a caer cosas. Como siempre, empezamos a tirarnos hierba y tumbándonos sobre ella con intención de que el que estaba en el helicóptero no nos llegara a ver y no nos pudiera dar con aquellas cosas que caían.

Al fin y al cabo no les sirvió de gran ayuda armar aquel jaleo, tan solo para pasar el rato y divertirse con sus amigos como siempre lo habían hecho.

Cuando pasó de largo, nos acercamos a las cosas que habían caído de aquel helicóptero y nos dimos cuenta de que eran papeles de propaganda.

Desde que empezó la guerra, ocurrieron cosas muy curiosas, en especial con los helicópteros.

Cuando era un poco mayor, un helicóptero se estrelló en la huerta. Todos los niños y niñas de San Miguel, un pueblo que se encuentra cerca de Basauri, nos acercamos a ver lo que ocurría. Dentro se encontraba un hombre gordo con cara redonda, de mejillas rojas e hinchadas. Tenía las manos grandes y gruesas. En una de ellas se veía un anillo de oro que tenía una insignia dibujada.

Al parecer no había mucha gente que llevara aquel anillo. Según me han contado solo lo llevaban las personas que formaban parte del ejército. En este caso el piloto de aquel helicóptero que ese día cayó a la huerta de mi "aitite".

Un chico mayor que nosotros se le acercó y vio aquel anillo. Le entusiasmó tanto que empezó a tirar de él para sacarlo, pero al tener las manos tan gordas, el anillo no salía.

El chico de San Miguel era todo lo contrario al hombre que se encontraba en el helicóptero. Este chico era corpulento y parecía que había pasado todo su tiempo libre en un gimnasio, aunque en esas

épocas no existieran los gimnasios. Lo que realmente hacía era ayudar a su padre a llevar bolsas de patatas de una casa a otra.

También era un poco cabezota y si aquel anillo no salía por las buenas, tendría que salir por las malas. Y así fue, salió por las malas.

Al ser tan burro y tan cabezón, lo único que se le ocurrió fue cortarle el dedo para sacarle el anillo de oro que le tenía tan entusiasmado.

Este chico joven, igual que mi "aitite", se habrá hecho mayor, por eso mi pregunta es si seguirá conservando el anillo. Se fue a vivir a otro lugar y mi "aitite" perdió el contacto con él. Esperemos que no siga igual de burro que antes.

A lo largo de la guerra ocurrieron cosas buenas y malas. A pesar de todo, la guerra me hizo vivir cosas que sin las que no habría podido contar todo esto. Aunque también pasé malos tragos.

Cuando terminó la guerra, volví a estudiar, aunque no mucho. Más tarde me puse a trabajar en la huerta y he estado en ello todo el tiempo. Aun así, estuve trabajando de peluquero en la mili y todavía me acuerdo de gente que llegaba con la melena hasta los hombros y les obligaban a cortárselo al cero, bien corto.

Aunque esto lo haya encontrado en un diario de mi "aitite", alguna de esas cosas me las ha contado él mismo.

Leyendo esto, tendría miedo a subirme en un helicóptero y en aviones o ,mejor aun, en cualquier transporte donde no se toca tierra. Aun así, mi "aitite" ha realizado muchos viajes sin ningún miedo a los aviones, pero eso habrá que contarlo junto a otras muchas más historias encontradas en el diario de mi "aitite".

Fragmento de la vida de mi "aitite", Pedro.

LEYENDA DEL CUÉLEBRE DE LA TERCIA

Mikel Pérez Cerrato

Esta es una historia que me ha contado mi padre algunas veces y, la primera vez que la oí fue el año pasado, cuando visitamos el pueblo donde nació mi abuelo, que está entre las montañas de León y Asturias, este pueblo se llama Villamanín y está muy cerca del Puerto de Pajares. Esta historia se la oyó contar mi padre a su abuelo, Ángel, que en paz descanse. Yo no le he conocido ya que ahora tendría mas de 100 años.

La historia comienza en un pueblo que se llama Arbas del Puerto en el que hay una colegiata muy bonita. Hace muchos, muchísimos años, en la zona donde están todos estos pueblos de los que he hablado, que se llama La terciá, hay un macizo de montañas en el que su parte mas alta es el Puerto de Pajares. Una ruta muy difícil y penosa que se utiliza para pasar de León a Asturias y viceversa. En invierno la nieve alcanza más de tres metros de altura y las temperaturas bajan muchos grados bajo el cero. Esta ruta es una de las mas utilizadas para pasar de Castilla al mar y para traer cosas de la costa hacia el interior.

Esta ruta estaba custodiada por un ser muy especial: "El Cuélebre". Este animal era un dragón con cuerpo de serpiente y alas de murciélago. Es un animal todopoderoso ya que tiene el cuerpo recubierto de unas escamas muy, muy duras que hacen imposible clavarle ninguna lanza o espada. Su tamaño es el de cinco hombres y sus alas, iguales que las de los murciélagos, miden más que una casa de campo. Este Cuélebre vivía en la cueva del "Situ" una caverna muy grande cerca del "Brañacaballos" una peña que está a unas pocas

horas monte arriba encima de Villamanín. Por la noche todos los vecinos de la pequeña comarca podían oír al Cuélebre, ya que sus silbidos espeluznantes se escuchaban en muchos kilómetros alrededor. Nadie que pasara por allí o por sus cercanías había dejado de oír sus terribles silbidos, que ponían la piel de gallina y los pelos de punta. Lo terrible del Cuélebre no solamente eran sus silbidos por la noche, sino que cuando tenía hambre, cosa que ocurría varias veces al mes, se abalanzaba sobre los peregrinos, caminantes o viajeros que transitaban por el Puerto y, eligiendo al más gordo de todos, lo cogía con sus garras y se lo llevaba a su cueva para posteriormente comérselo. A la gente de los pueblos no las solía atacar ya que cuando se acercaba por los pueblos, y no había conseguido atrapar a nadie por los caminos, el panadero del pueblo elaboraba un pan muy grande que se dejaba en la plaza del pueblo y el Cuélebre lo cogía y no molestaba a los vecinos del lugar.

En los pueblos de la Tercia todo el mundo sabía que el Cuélebre era el guardián de un fabuloso tesoro que se escondía en la cueva del "Situ" y que decían pertenecía a unos soldados que volvieron de las Cruzadas, en Jerusalén y robaron todo lo que pudieron y lo escondieron en dicha cueva. Cuando fueron a recuperar el tesoro, un gigantesco dragón estaba a la puerta de la cueva y se comió a todos los ladrones. Nadie había visto jamás el tesoro, pero sí al Cuélebre, y contaban que, algunos valientes se habían atrevido a subir a la cueva para abatir al Cuélebre, pero este se los había desayunado en un tris-tras. La gente de los pueblos de la Tercia (nombre de la comarca) ya estaba acostumbrada al Cuélebre y era muy raro que alguno de ellos cayera en sus fauces ya que sabían donde atacaba y las fechas más peligrosas para acercarse al Puerto.

Aún así siempre había alguien que se animaba a acercarse al Situ e intentar matar al Cuélebre para poder quedarse con el tesoro y dejar pasar a la gente por el puerto sin problemas.

Le contaba mi bisabuelo a mi padre que, a su vez se lo había oído a su abuelo, que un día, un amigo de su abuelo, Fidel fue uno de los que se acercó a ver al Situ al famoso Cuélebre. Cuentan en el pueblo que desde ese mismo día Fidel perdió el habla, los ojos se le secaron y el pelo se le cayó todo de repente. Nunca nadie supo que le había pasado al pobre Fidel.

Pasó mucho tiempo desde aquella terrible tarde hasta que un Franciscano llamado Fray Julián se aventuró a pasar el Puerto y paró en Villamanín antes de iniciar la subida al Puerto. Se alojó en casa del pariente de mi bisabuelo que era el curandero de la zona (Mi bisabuelo conocía hierbas y pócimas naturales para curar a los animales y a algunas personas. También sacaba muelas y colocaba huesos rotos en su sitio, era muy famoso en toda La Tercia). Por la noche, cenando, el fraile le contó que venía a ver al Cuélebre. Le contaron lo que había ocurrido con el pobre Fidel y que este bicho era más peligroso que los otros de los alrededores. Fray Julián le dijo que había leído muchos libros de leyendas del Cuélebre y que en algunos pueblos habían conseguido matarlo, aunque nadie había visto nunca el cuerpo del dragón muerto. También decían que, a medida que pasaba el tiempo, el Cuélebre se iba haciendo más y más grande y poderoso y que sólo desaparecería de la cueva cuando él quisiera y dejaría a otro dragón para que custodiara el tesoro.

Fray Julián le contó a mi pariente que los cuélebres tenían un punto débil: La garganta. Solamente hiriéndolo en esa zona de su cuerpo podrían matarle y acabar con él. El problema era: *“¿Cómo es posible herir en la garganta a un ser que mide diez metros de alto?. No tenemos cañones, ni escopetas que puedan alcanzarle, traspasar sus fuertes escamas y herirle de muerte”*.

Mi antepasado y el fraile continuaron hablando y pensando durante toda la noche. Al día siguiente y cuando amaneció, el fraile se acercó a la cueva del Situ. Durante el día el Cuélebre duerme y si el día es soleado, no saldrá de su cueva. Fray Julián se aventuró hasta la entrada de la cueva y pudo observar algunas escamas del dragón y cogió una para llevársela al pueblo. También pudo ver las huellas en la tierra del animal y pensó que su tamaño podría ser todavía más grande de lo que le habían contado en los pueblos. Bajó de la cueva y volvió a hablar con los otros habitantes de Villamanín. Estuvo con todos reunido en la panadería hablando y preguntando cómo hacían para que prácticamente nadie de los pueblos de alrededor habría muerto a cargo del dragón. Entonces le contaron al fraile que cuando el Cuélebre tenía hambre, y no había conseguido atrapar a nadie en el puerto, se acercaba por el pueblo dando un horrible silbido por la noche, entonces, el panadero, amasaba un pan cien veces más grande

que la hogaza más grande y se lo ponían en la plaza del pueblo. A la siguiente noche el Cuélebre se llevaba la hogaza y respetaba sus vidas.

El fraile, después de escuchar esto tuvo una idea y se la contó a los que allí estaban. *“Creo que he encontrado la manera de acabar con el Cuélebre”,* dijo Fray Julián. *“Lo primero que vamos a hacer es impedir, durante unos días que nadie pase por el puerto para que así el Cuélebre no pueda saciar su apetito. Después tenemos que ayudar a Ramón, el herrero, para que nos haga mil clavos muy afilados por las dos puntas. También tendremos que hacer la hogaza más grande que jamás se haya hecho en este pueblo. Cuando el Cuélebre sobrevuele el pueblo para pedir su comida, le entregaremos la hogaza, pero esta vez estará rellena de los mil clavos afilados. Si mis estudios son verdaderos, el Cuélebre, al comer con voracidad el pan, se clavará los clavos en la garganta y morirá ya que ese es su punto flaco”.*

Y dicho y hecho. En las siguientes semanas se impidió a los viajeros pasar por el puerto y el Cuélebre, una noche de primavera, se acercó por el pueblo emitiendo sus terribles silbidos solicitando su ración de pan. Esa misma noche se comenzó a rellenar el pan con los mil clavos de tal forma que no se pudieran ver y se metió al horno para cocerlo. Una vez terminada la hogaza, con la ayuda de varios hombres, se sacó del horno y se llevó a la plaza la noche siguiente.

Hacia las doce de la noche, el dragón emitió su terrible grito y se acercó al pueblo a por su pan. Nadie se atrevía a mirar por las ventanas, excepto Fray Julián que, escondido sobre un carro y tapado con mantas, observaba al Cuélebre como se acercaba lentamente hacia la hogaza. Se agachó hacia ella, y como si presintiera algo, volvió a levantarse y se puso a dar vueltas alrededor de la hogaza. El fraile estaba nerviosísimo y pensaba que no iban a poderle dar caza. El dragón continuó dando vueltas en torno al pan y agachándose para olerlo. Al cabo de unos minutos, que parecieron horas, el Cuélebre se agachó de nuevo y con una de sus garras cogió el pan y se lo llevó volando a su gruta. *“¡Maldita sea!”* Gritó Fray Julián. *“¡No se lo ha comido!”*. Salieron todos los demás de sus casas y pensando que habían fracasado en su intento se empezaron a preocupar ya que el Cuélebre, cuando se diera cuenta del engaño, volvería al pueblo y empezaría a comer a sus vecinos. El fraile no sabía qué decirles y decidió acercarse a la cueva. Cuando iba subiendo al pico (llamado de El Fraile desde

este día) escucharon el grito mas terrible y fuerte que jamás nadie había oído. Los habitantes de Villamanín fueron rápidamente y con cautela hacia la cueva del Situ. Cuando allí llegaron encontraron las ropas del fraile y unas cenizas en la entrada de la cueva y el Cuélebre había desaparecido.

Entraron hasta el fondo de la cueva, y efectivamente, allí estaba el tesoro del que tantas veces se había hablado y que tantos años había estado vigilando. Los habitantes del lugar decidieron gastar las riquezas en construir una iglesia en honor del fraile y con aquel tesoro se construyó la colegiata de Arbás del Puerto.

Desde entonces, hay un pico, encima de Villamanín, que se llama el Pico del Fraile y una colegiata que testifica la muerte del Cuélebre del Valle de la Tercia....de la cueva del "Situ"... nadie se acuerda dónde está exactamente... Cierto o no así me lo contaron...

LOS MUERTOS HABLANDO

Iñigo Colina Astigarraga

Cuando Javier salió de su casa había muy buen ambiente en el pueblo de Derio: viento sur templado. Como todos los días había pasado la mañana escribiendo en su escritorio, puesto que era escritor. Después de comer decidió dar un paseo para tomar un pequeño descanso. Paseando por el pueblo dejó atrás las últimas casas y se dirigió hacia el cementerio. Le gustaba andar por aquel camino, porque era un lugar tranquilo. Iba despacio y sin prisas.

De repente se levantó viento del norte y se amontonaron algunas nubes negras en el cielo. Javier notó algunas gotas de agua en el rostro y buscando cobijo se metió en un hostel.

El hostel estaba casi vacío y en penumbra. El hostelero estaba limpiando las mesas y en un rincón descansaba sentado un anciano. Nadie más.

JAVIER: Buenas tardes señores...

HOSTELERO: Buenas tardes. Parece que tenemos mal tiempo, ¿no?

JAVIER: Así parece, sí. Ha cambiado.

HOSTELERO: ¿Qué va a tomar?

JAVIER: Tengo sed. Sáqueme una cerveza, por favor...

De fuera llegó el sonido de un trueno y de vez en cuando algún relámpago iluminaba las paredes del cementerio.

HOSTELERO: (Mirando al cementerio) Por lo menos los que están ahí no se mojarán nada, pues tienen buen cobijo.

JAVIER: Como decía mi abuela, cuando hay tormenta se escuchan las voces de los muertos. Ya sabes cosas de viejos...

HOSTELERO: Así es. Y algunos creen de veras cosas como esas. A mí por lo menos no me asustan esos cuentos. Los que están bajo tierra, no se moverán de ahí.

El anciano que había estado en silencio hasta entonces, comienza a hablar:

ANCIANO: Eso es decir demasiado, señor. Los muertos aún después de morir, están entre nosotros más de una vez.

HOSTELERO: A mí por lo menos no me ha ocurrido nunca eso...

ANCIANO: Quizá sí. Nosotros en cambio no solemos saber si son muertos, porque su aspecto es como el de los demás. Si quieren les contaré una cosa que ocurrió en la guerra.

JAVIER: Cuente, cuente. Le escucharemos a gusto.

ANCIANO: Ustedes no han conocido la guerra, yo sí, por desgracia. En aquel tiempo un joven de Bermeo, al igual que muchos otros, tuvo que ir a la guerra. Cuando estaba cavando trincheras en el frente, explotó una bomba a su lado y mató al desdichado. El joven antes de marchar a la guerra tenía una novia. La joven ciertamente no sabía que el muchacho había muerto. Sin embargo, aquella noche, cuando la chica estaba sola en su habitación se le apareció y le hizo saber que había muerto.

EL LORO RAVACHOL

Roberto Fernández Dios

Érase una vez una famosa botica situada en el centro de la ciudad de Pontevedra (Galicia).

El dueño de tan conocida farmacia se llamaba D. Perfecto Feijoo, un hombre de costumbres bastante pintorescas, pero aún así muy buen boticario.

Pero no era famosa ni por su dueño ni porque estaba situada en la gran calle de la Peregrina, sino por el famoso loro de D. Perfecto Feijoo. Y es que dicho animalillo era muy conocido por su atrevimiento, testarudez y simpatía.

El loro se educó así porque su dueño no reprimía nunca sus pueblerinas expresiones ante él, (que era llamado "Ravachol"). Por ejemplo, cuando el animal se enfadaba con algún cliente le decía: «¡Si collo a vara...!» Porque D. Perfecto amenazaba a éste con una pequeña vara de madera y le decía: «¡Si collo a vara!...»

También el famoso "Ravachol" advertía al boticario, si venían clientes y él estaba en el piso de arriba, diciendo: don Perfecto, don Pefectiño, xente na tenda.

La botica era como el centro cultural de la ciudad donde se reunían escritores, pintores etc.

Él trataba muy bien a D. Eugenio Montero Ríos, a D. José Echegaray y a D. Augusto Besada, que eran científicos muy buenos que venían a visitar a D. Perfecto en verano.

Sin embargo se llevaba mal con D^a Emilia Pardo Bazán, escritora; que, aprovechando sus excursiones a Pontevedra, se sentaba en el banco de piedra que había fuera, a la entrada de la botica. Ella habla-

ba con él pero siempre simpáticamente, con humor; sin embargo, Ravachol, no se lo tomaba a broma y discutía a brazo partido con la señora, insultándola incluso con palabras feas. D^a Emilia, enfadada, le contestaba: «Eres tan mal hablado como cómo tu dueño».

Todo el mundo en Pontevedra (las personas cercanas a la época, como mi abuelo) recuerdan, que durante una misión celebrada en el atrio de la Peregrina, capilla dedicada a la Virgen, y en la misma plaza que la farmacia, por dos conocidos religiosos, uno de éstos exhortaba calidamente a la multitud allí congregada. Los oyentes escuchaban en profundo silencio. Pero hubo un momento en que Ravachol, aprovechando una ligera pausa del sacerdote, dijo con voz aguda su famosa frase: «Bárbaro, ¡si collo a vara!». Esto sin perjuicio de que cantara a coro con los concurrentes o solo alguna divulgada plegaria. No faltaba gente, que de broma, le intentaba quitar sus golosinas y éste le decía: «¡Si collo a vara!» o «Vaite de ahí, lambón!».

Todos estos chistosos actos hacían famoso y querido a Ravachol.

Más de una vez el loro actuó en el teatro principal y en el circo (para actos benéficos) donde se entablaban diálogos chistosísimos entre el público y Ravacho

Conocidos todos estos actos, nos podemos imaginar la que se armó en Pontevedra el día 8 de marzo de 1913 cuando corrió la repentina noticia de que Ravachol, el vecino más alborotador de la ciudad, había muerto de una rápida dolencia que D. Perfecto no pudo remediar a pesar de darle todos los brebajes de su botica.

El también famoso boticario no pudo evitar las lágrimas al perder a su preciada mascota, que, al mismo tiempo era su compañero de tantos años de trabajo.

Un grupo de humoristas, aprovechando que era la semana de carnaval, animó al vecindario para celebrar su funeral.

Mandaron a la botica cartas, tarjetas y telegramas que alguien conserva todavía coleccionadas.

El animalito era brasileiro y a D. Perfecto le decían que no hubiera un loro tan bien cuidado como el suyo, con tanta medicina en casa.

Millares de personas asistieron al entierro que partía de la plaza de la Herrería. Contrataron un coche de caballos para que pasara al

difunto animal por toda la ciudad seguido de grupos de gente disfrazada.

Cuando algún forastero preguntaba por el origen de semejante manifestación, contestaban: ¡el entierro de un loro!

Toda la prensa regional dedicó crónicas y versos al animal.

Desde ahora, todos los viernes de carnaval se recuerda su fallecimiento.

Se hace un loro como de dos metros de altura, con su plumaje y le visten con un traje siempre conmemorativo de algo, (este año me cuentan que fue de futbolista del Pontevedra C. de fútbol.

Le colocan en una céntrica plaza para que, el que quiera, le despienda. Mayores y pequeños se disfrazan con ropas de color negro (luto), lloran sin parar, todo el mundo está triste.

Ya caída la noche, la comitiva fúnebre, con su cardenal y varios sacerdotes (señores disfrazados), recorren las calles de la ciudad seguidos del resto de la triste comitiva. Lloran y lloran hasta que llegan a la más céntrica plaza, en donde, después de leer algunos textos en su memoria, se procede a su incineración.

En el mismo sitio en donde, en su momento existió la recordada farmacia, colocaron una estatua recordando al famoso animal.

Todos los turistas que vienen a Pontevedra, sacan fotos con ella.

Sin duda, el loro hizo animar a toda la ciudad en esos pasados años.

PRÓLOGO / HITZAURREA

Prólogo de Jon Sánchez	pág. 5
Adultos/Nagusiak:	9
<i>Espacio para sueños,</i> María Teresa Osés	11
<i>La guerra que no conocí,</i> Itziar Laborda Otaduy	17
<i>Aratxederrenea,</i> Alberto Narbaiza Echeandia	23
<i>Txarria, astoa eta txarriboda,</i> Martin Goitia Uriarte	28
<i>Leyenda del mar celoso,</i> Jaume Calatayud Ventura	38
<i>Nieto de Jerónimo,</i> Gregorio Rubio Vigarra	42
<i>Los huevos de Pepe,</i> Tomás Izquierdo Mínguez	47
<i>El invierno,</i> Antonio Longo Saez	53
Niños/Haurrak:	57
<i>Castronovoko Aztia,</i> Nerea eta Jon Gómez Lauzirika	59
<i>La leyenda del pantano de Riaño,</i> Patricia Bermejo Franco	64
<i>El fantasma de Somorrostro,</i> Andoni Pérez Frías	69

Sin miedo a los helicópteros, Eduarne Solaguren	73
Leyenda del Cuélebre de la Tercia, Mikel Pérez Cerrato	76
Los muertos hablando, Iñigo Colina Astigarraga	81
El loro Ravachol, Roberto Fernández Dios	83